

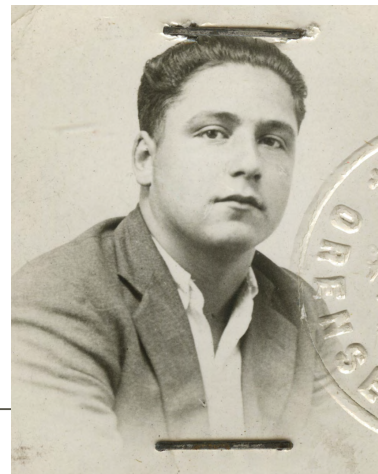




© Pablo Wada

Índice

© De la exposición "Emigrantes Invisibles"



© Rocío Bueno

4 Los límites de la memoria
NATALIA GARCÉS FERNÁNDEZ

6 Apuntes sobre la vida inmaterial de una fotografía
LUIS ARGEO

14 Emigrantes invisibles

16 Más allá del archivo y la memoria
ROCÍO BUENO

20 La vida es como las viejas fotografías
FERNANDO SÁNCHEZ

24 Los límites de la memoria. Trabajos
VARIOS AUTORES

© Fernando Sánchez



LOS LÍMITES DE LA MEMORIA

NATALIA GARCÉS,

directora del Aula de Fotografía de la Fundación General de la Universidad de Alcalá

Todos sabemos que la fotografía nació con el afán de perdurar en el tiempo. De capturar ese instante único e irrepetible. Fueron muchos los usos que se le dieron después con el paso de los años, pero, indudablemente, ese carácter de cápsula que congela un instante para siempre ha estado en todo momento ahí.

La fotografía ha ilustrado acontecimientos históricos, ha mostrado paisajes cuando no se podía viajar y cuando sí, ha experimentado con distintas técnicas, ha retratado a muertos, celebridades y a las masas. Es tal vez ahí, en esa conectividad y atractivo que el vulgo tenemos con la fotografía, donde empieza nuestra propuesta.

Durante el mes de mayo la Universidad de Alcalá ha acogido a modo de cápsula la exposición "Emigrantes Invisibles OFF", que recupera un vínculo que durante largo tiempo ha permanecido sumido en la invisibilidad: el que crea la emigración española con los Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. A partir de ilustraciones y fotografías significativas pertenecientes/ de la exposición original Emigrantes invisibles. Españoles en EE. UU. (1868-1945), 'Emigrantes invisibles OFF' muestra la fascinante historia colectiva que durante largo tiempo ha permanecido sumida en la invisibilidad.

Y este es nuestro punto de partida, recuperar la parte de nuestra historia. En este caso la más personal, pues no somos especialistas que van a investigar sobre hechos históricos concretos, pero sí que somos capaces de recuperar esa parte de nosotros y de nuestros antepasados que ha permanecido en la invisibilidad.

Ahí tenemos el reto, rescatar algo, o a alguien, o una parte de lo que nos toca: ese bisabuelo que tenía una tienda de colmados, la tía abuela de nuestra pareja que salió del pueblo para venirse a Madrid en busca de trabajo, mi padre, tu hermana, el abuelo de la vecina con el que siempre ha habido una relación especial... Hemos



Exposición "Los límites de la memoria"

buscado en nuestro archivo familiar, hemos recuperado las fotos antiguas que andaban guardadas en cajas, como perdidas en álbumes que nadie abría, sumidas en esa invisibilidad y les hemos dado luz y hemos contado su historia. Esta es nuestra propuesta para el tercer número de la revista y cuyos trabajos también ven la luz en formato exposición.

Ahora bien, ¿cómo podíamos enfrentarnos a este nuevo reto? Pues muy fácil: haciendo fotografías de las fotografías, por ejemplo, restaurándolas y limpiándoles el paso del tiempo o retocándolas y dándoles color o incluso trabajando con ellas a modo de collage, etc. Lo que importa es recuperar la historia de ese alguien o de ese lugar (o de varios si es el caso).

Los inscritos podían presentar hasta un máximo de cinco fotos (una foto puede ser un díptico

o incluso un tríptico o una doble exposición o tan solo un paisaje o una postal, puede convivir con lo actual o no, hay libertad). Se podía ser todo lo creativo o creativa que la persona considerase. Y lo más importante, cada foto debía venir acompañada de la historia de esa persona que ya no está o de ese lugar que ya no existe.

Sí, lo sabemos, tuvimos que salir por completo de nuestra zona de confort, de hacer las fotos que nos gusta hacer. Ahí estaba el reto, hacerlo con la misma pasión y disfrutándolo igual.

¡ROMPAMOS LOS LÍMITES DE NUESTRA MEMORIA!

APUNTES SOBRE LA VIDA INMATERIAL DE UNA FOTOGRAFÍA

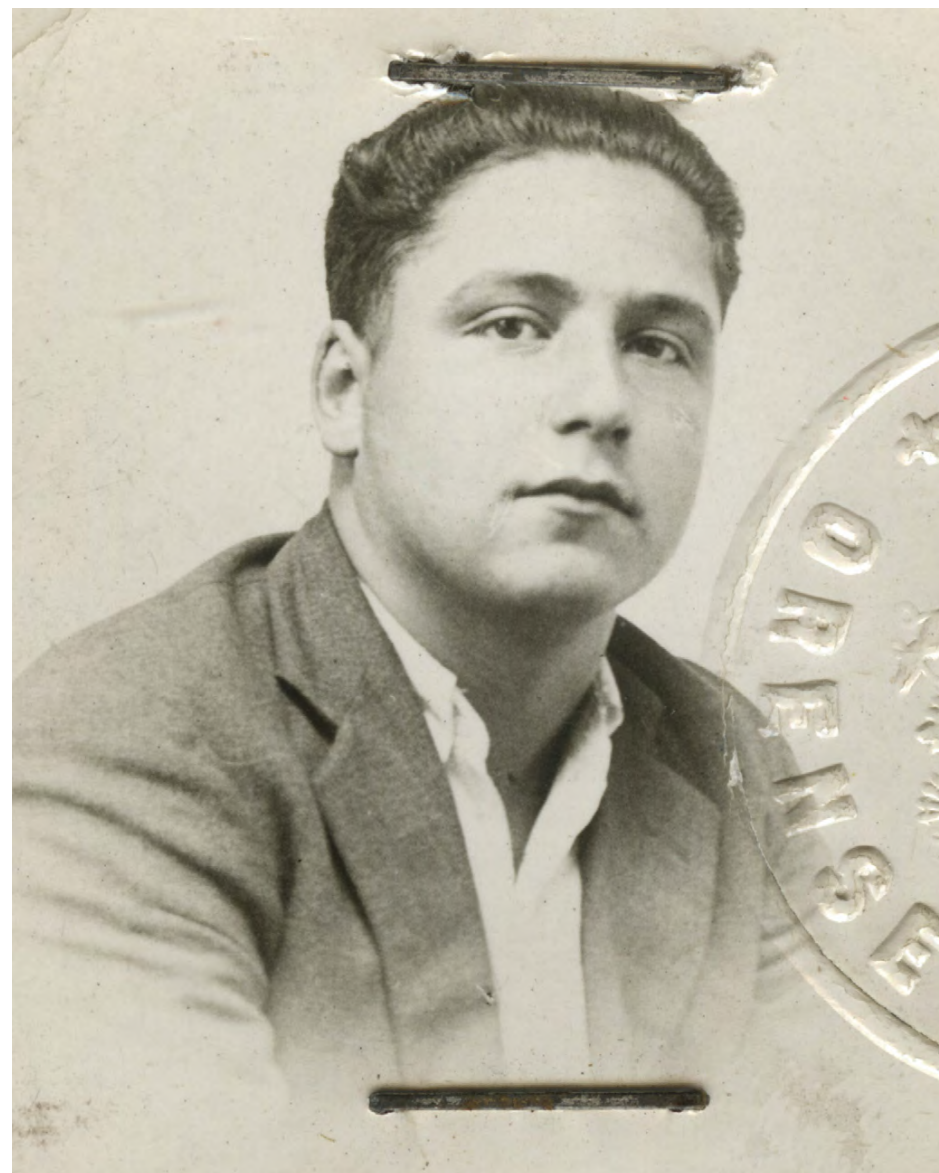
LUIS ARCEO, periodista y director de cine documental. Desde 2012, codirige con James D. Fernández el proyecto "Emigrantes invisibles: españoles en Estados Unidos".

"PERO MÁS ALLÁ DEL OBJETO Y SUS CUIDADOS, TODAS LAS FOTOGRAFÍAS TIENEN ESA OTRA VIDA INMATERIAL, ANÍMICA, IMPORTANTE, PLENA, SUJETA A ESE INSTANTE EMOCIONAL QUE ACASO MOTIVÓ EL MOMENTO FOTOGRÁFICO".

Detente un momento ante una vieja fotografía. A ser posible, una reproducida en papel. Elige un retrato, más que un paisaje. Un retrato de grupo, preferiblemente. Da igual cuándo y dónde haya sido tomada la foto. Tampoco es necesario que conozcas a quienes protagonicen la estampa. Obsérvala un rato. ¡Qué quietud, y cuánta emoción al mismo tiempo! Emoción contenida. Imaginación contenida. Al fin y al cabo, se puede entender la imagen fotográfica como un instante emocional capturado para ser reinterpretado en la posteridad, ¿no crees?

Para la posteridad...

¿Cuánto tiempo de vida podemos dar a una simple fotografía? No quiero meterme en vericuetos técnicos que me llevarían a tropezar y liarme con la caducidad del papel fotográfico, la estabilidad de sus componentes químicos, la humedad o la luz que se han asentado sobre ella a lo largo de días y noches mal o bien amontonada, archivada, disfrutada, manoseada, maltratada... Tampoco en la subsistencia de los archivos digitales de imagen guardados en discos duros de almacenaje. La vida de una fotografía depende, obviamente, de una buena conservación. Pero más allá del objeto y sus cuidados, todas las fotografías tienen esa otra vida inmaterial, anímica, importante, plena, sujeta a ese instante emocional que acaso motivó el momento fotográfico. Ese soplo emocional puede crecer o desaparecer según los favores que le vaya concediendo la memoria que recae sobre cada foto.



Todas las fotografías pertenecen a la exposición "Emigrantes Invisibles"



La memoria y su relato

El relato y la memoria que comparten contigo y conmigo esas instituciones oficiales encargadas de velar por nuestros recuerdos colectivos en forma de historia sufren deterioros naturales, igual que las viejas fotografías. Si los sumamos a otras marcas intencionadas, desperfectos y cortes que con el paso del tiempo se asimilan sin rechistar, dan como resultado una historia moldeada a gusto de quien la maneja. Ejemplo: durante mis años escolares, incluyendo el bachiller, el estudio de la Guerra Civil española siempre se caía a última hora. Avanzaba el mes de junio y el fin del curso se comía una enseñanza trascendental para nuestras vidas privadas y para nuestra sociedad. Esa maldita guerra sucedió, pero sus nietos nunca

la empollaron. ¡Llegaba el verano, chico! Hoy esos nietos son los educadores de una guerra mal aprendida. Como mucha gente de mi generación, me aferro a los relatos escuchados en casa de mis abuelos. Y a estudios independientes, como el que Jorge Moreno Andrés comparte en su libro, *El duelo revelado*.

La emigración española

Con el fenómeno de la emigración, tan común en nuestra sociedad, pasa lo mismo.

El relato y la memoria de la España emigrante —las imágenes de antes, las de ahora— parecen molestar como un grano interno en las esferas del poder institucional que gobernaba o go-

bierna el bienestar de sus gentes. ¿Emigración a América? Existiendo la posibilidad de fijarse en aquella España imperial y triunfadora, la España histórica que conquistaba territorios lejanos y llevaba la civilización y la evangelización en galeones y carabelas, ¿para qué dedicar tiempo a penurias o injusticias más cercanas? Relatémosles logros espectaculares, no los fracasos de nuestros gestores..., me parece escuchar desde ahí arriba. Que aprendan nombres ilustres y conmemoraciones de aquellos que descubrieron la Nueva España de ultramar, oigo decir con frecuencia. La emigración española no existe en los libros escolares. ¿Cambiaría la opinión de nuestra sociedad actual ante la inmigración si cupieran las múltiples historias de tantísimos emigrantes españoles en los libros de texto?

El poder de una fotografía

¿Para qué se hacían fotografiar nuestros ancestros? La nobleza tendría sus motivos, pero voy a poner en duda que en 1898 se pudiera encontrar una familia humilde en aldeas gallegas, extremeñas o andaluzas que reuniera álbumes con estampas de su vida cotidiana en el campo. En buena parte, aquellas primeras fotografías aparecieron a consecuencia de un adiós. Para emigrar. Para irse de casa. Para consuelo de una madre o por encargo de un agente de emigración. Generalmente, son fotografías serias, tomadas a la fuerza en los días previos a la partida. España empujaba a sus jóvenes hacia un servicio militar cruel e ineludible. Familias enteras buscaban fuera del país lo que el hambre y la necesidad les negaban en sus pueblos. Y se marcharon. Y es gracias a esas fotografías viajeras —recordatorios, documentos de identidad, estampas con fines tranquilizadores— como mejor comprendemos esos adioses. Es gracias a las imágenes de modestos logros le-





jos de casa, adornadas en ocasiones con las palabras de una carta, como conocemos las vidas transoceánicas de los emigrantes. Y es, sobre todo, gracias al cuidado que los descendientes y familiares de aquellos inmigrantes han puesto en la conservación de este magnífico legado, como hoy podemos aproximarnos a una memoria dañada y desconocida, pero útil y significativa, de la no tan remota emigración española a América. La emigración-inmigración española de hace un siglo, como cualquier otra emigración-inmigración, la conocemos a través de sus protagonistas. De sus recuerdos. De su legado familiar. Sus fotografías forman una parte importantísima en la construcción de esa memoria colectiva. Mejor o peor relatadas, con más o menos deterioros físicos, siempre conse-

guirán llevarnos a ese instante emocional para el que fueron tomadas.

No hay verdad en una foto

Aquí estamos. Este soy yo. Lo conseguí, ¿ha visto, madre, cómo le dije que mi marcha iba a dar pronto buenos frutos? Las fotografías, como las palabras, pueden mostrar y ocultar realidades que únicamente quien las protagoniza podría revelar. Combinemos cualquier fotografía encontrada en la casa de cualquier descendiente de algún emigrante español afincado en los Estados Unidos de principios del siglo XX con las palabras que dan comienzo a este párrafo. ¿Quién puede asegurar que a esa persona le fue realmente bien nada más llegar? ¿Que su llegada y desembarco en Nue-

va York, su viaje posterior a Ohio o Virginia Occidental, no estuvo repleto de infortunios y tropiezos? ¿Quién puede afirmar que ese automóvil con el que quieren mostrar solvencia a sus familiares dejados atrás es en verdad suyo? Ante una imagen, la verdad de una historia la pones tú.

Emigrantes invisibles

Llevamos años rescatando fotografías guardadas en álbumes o latas de galletas que preservan instantes importantes y emotivos para esas familias. A partir de un puñado de fotografías se puede conocer esa parte de la historia de España que no ha recibido suficiente atención pública, minutos protagonizados por decenas





de miles de emigrantes españoles que representan un fenómeno, el de la emigración, intrínseco al ser humano de cualquier época y lugar. Entramos en casas de personas que amablemente nos invitan a tomar café mientras nos relatan las historias de sus antepasados. Nosotros grabamos y escaneamos sus dañados recuerdos. "No, no, él nunca se metió en política", afirma la señora que nos muestra una foto de su abuelo con el puño izquierdo levantado, año 1938, junto a otros paisanos en pose similar. "Sí, sí, mi padre abrió esta zapatería sin ayuda de nadie", nos relata otro anciano sin tener en cuenta a los miles de compatriotas que repararon sus zapatos allí tras interminables jornadas recogiendo fruta.

Por efecto del implacable paso del tiempo, por los calculados silencios o las leyendas de llaneros solitarios, o por haber alcanzado los peligrosos confines de esa frágil memoria que se va transmitiendo de padres a hijos igual que

en el juego del teléfono escacharrado, las fotografías de los emigrantes españoles afincados en Estados Unidos entre 1868 y 1945 se hallan en serio peligro de desaparecer. Con ellas desaparecerán las pequeñas historias que acarrearán, las que independientemente de su absoluta veracidad forman parte de la gran historia y construcción de aquel peculiar país.

Cada vez que escaneo esos viejos álbumes repletos de detalles, perdidos los datos y referencias que podrían aportar mayor contexto a la escena, me encuentro alguna fotografía especial. Y la miro. A veces, incluso soy capaz de escucharla. Y la pienso, y la reinterpreto desde la emoción que aún retiene ese sobado trozo de papel. Me sirve de espejo para entender el presente que vivimos.

EMIGRANTES INVISIBLES ¹⁸⁶⁸₁₉₄₅ ESPAÑOLES EN EEUU



EMIGRANTES INVISIBLES 1868-1945 ESPAÑOLES EN EEUU

LA EXPOSICIÓN

La exposición "EMIGRANTES INVISIBLES. Españoles en EE. UU. (1868-1945)" recupera un vínculo que durante largo tiempo ha permanecido sumido en la invisibilidad: el que crea la emigración española con los Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. La Fundación Consejo España - EE.UU. ha organizado la primera exposición dedicada a la emigración española a Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, una inmensa historia colectiva apenas conocida hasta la fecha.

"EMIGRANTES INVISIBLES. Españoles en EE.UU. (1868 - 1945)" expone una selección del archivo fotográfico documentado durante más de una década por los investigadores y comisarios Luis Argeo y James D. Fernández, procedente de álbumes familiares de cientos de descendientes de españoles que emigraron a Estados Unidos.

La muestra está dividida en 6 capítulos que recorren las etapas del viaje que cualquiera de estos emigrantes pudo haber realizado. Para contar este recorrido vital se han hilvanado más de 200 archivos digitalizados y 125 originales que los comisarios han seleccionado de entre las más de 15.000 imágenes, películas caseras rodadas, documentos de todo tipo, objetos y recuerdos procedentes de álbumes familiares de cientos de descendientes de españoles.

A partir de estas etapas, la exposición recupera las historias anónimas de las decenas de miles de trabajadores tenaces provenientes de toda la península que se asentaron en los Estados Unidos y trabajaron en las cocinas y los comedores de multitud de restaurantes, palearon carbón en las centrales térmicas, levantaron rascacielos, adoquinaron calles, abrieron pequeños negocios y se dejaron la piel con el objetivo de prosperar.

El diseño expositivo corre a cargo del fotógrafo, editor y escritor Paco Gómez. Cada capítulo de la muestra cuenta con un cartel de apertura realizado por el ilustrador Alfonso Zapico.

LOS MATERIALES

La exposición recupera el frágil legado documental de la diáspora española y se compone de documentos, imágenes, objetos y testimonios recogidos por sus comisarios durante du-

rante más de diez años de investigación en España y Estados Unidos.

Los investigadores han escaneado en alta resolución alrededor de 15.000 fotografías descubiertas en álbumes familiares de los descendientes de aquellos inmigrantes. Una selección de 250 imágenes digitalizadas se muestran en la exposición.

Procedentes de los archivos de muchos descendientes, se muestran fotos que tienen especial valor no sólo como imágenes, sino también como objetos. Por ejemplo, las fotos que los mismos emigrantes llevaron en sus baúles cuando viajaron de España a EE.UU., o fotos que han sido manipuladas, manoseadas, inscritas, etc. La muestra incluye también un buen número de estas foto-objetos, cuya materialidad también cuenta una historia.

LOS COMISARIOS

Esta exposición parte de la labor de investigación conjunta del catedrático de New York University James D. Fernández -descendiente de asturianos- y el periodista y cineasta asturiano Luis Argeo -vinculado igualmente a esta emigración.

Durante más diez años, ambos investigadores han reunido un valioso archivo conformado por miles de fotografías digitalizadas procedentes de álbumes familiares: imágenes atrayentes, poderosas, nostálgicas y significativas, unas veces tomadas en el ámbito doméstico, otras en el laboral, a menudo en el colectivo, en el festivo.

Cuenta así mismo con abundantes documentos y testimonios reales que evidencian la valiente y emotiva epopeya de aquellos hombres, mujeres y a menudo familias enteras: cartas y postales, grabaciones, pasajes de barco, listas de pasajeros, menús, páginas del censo, permisos de residencia, convocatorias y llamamientos, anuncios comerciales...



LATÁLOGO

El catálogo oficial (e inusual) de la exposición "EMIGRANTES INVISIBLES. Españoles en EE. UU. (1868-1945)"

¿Cuántas historias, cuántos recuerdos, cuántos mundos cabían en las latas de galletas o de membrillo de nuestras abuelas?

Manuel Gil y Paco Gómez son los responsables del diseño de este particular latálogo, el catálogo oficial de la exposición "EMIGRANTES INVISIBLES. Españoles en EE. UU. (1868-1945)".

Evocando la idea de las cajas metálicas que nuestros abuelos usaban para guardar fotografías, se ha diseñado una reproducción moderna de las mismas. El contenido está formado por una cuidada selección de 80 fotografías del inmenso archivo.

Catorce de estas postales cuentan, además, con un detalle adicional; un microrrelato de ficción firmado por otros tantos escritores contemporáneos: Alberto Olmos, Cristina Colmena, Cristina Pato, Eduardo Lago, Kirmen Uribe, Manuel Vilas, María Dueñas, Marina Perezagua, Mateo Sancho, Mercedes Cebrán, Natalia Carrero, Sara Cordon, además de los propios comisarios de la exposición. Junto a este emotivo recorrido visual y literario, el latálogo incluye un breve documento con información genérica sobre el desarrollo expositivo, su contenido, etc. así como un breve texto inédito firmado por María Dueñas.



MÁS INFORMACIÓN

MÁS ALLÁ DEL ARCHIVO Y LA MEMORIA

Rocío Bueno, fotógrafa

La naturaleza fragmentaria, anacrónica y abierta del archivo fotográfico nos ofrece la posibilidad de múltiples lecturas para crear una narración diferente, un nuevo corpus re-significado en el presente. Su carácter silencioso y polisémico nos permite establecer un diálogo con la imagen para desvelar lo que no muestra, lo que está latente, y completar lo que se ve. Se trata de abandonar su literalidad y generar nuevas narrativas. Hacer arder las imágenes y devolverlas a la vida con un significado amplificado.

En mi trabajo la búsqueda es normalmente lo que gatilla la interacción con el archivo fotográfico y de este con la memoria. Según la socióloga Elisabeth Jelin "abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay saberes, también hay emociones, huecos y fracturas". Al abordar una fotografía del archivo se gatillan también recuerdos y olvidos, emociones y actos y nos ofrece la posibilidad de construir nuevas narraciones.

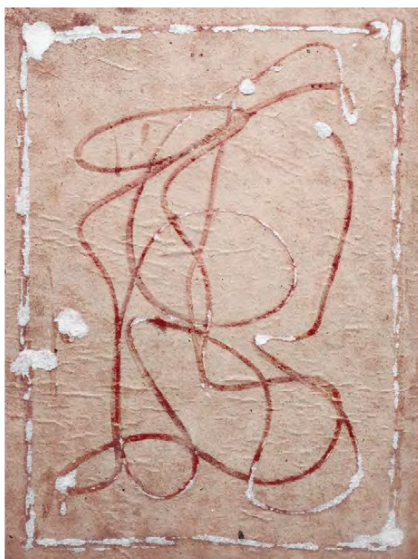
¿Es la fotografía tan solo una forma de perpetuar un pasado? o ¿con ella podemos actualizarlo y reflexionar desde el presente para construir una lectura diferente?

Es el carácter anacrónico de la fotografía una de las cosas que más me fascina, junto a su naturaleza silenciosa, abierta y polisémica que nos permite establecer un diálogo con ella, interpelarla y que nos interpele. Es la soledad de la imagen y sobre todo sus silencios lo que me interesa. Ese silencio y el eco que reverbera en nosotros al mirarla hace que trascienda su significado pasado y nos permita elaborar otros significados actualizados, rehabilitar diálogos entre el pasado y el presente. Según Roland Barthes, ante algunas imágenes nos sentimos conmovidos, atravesados por ellas, o atraídos por un detalle que nos hace vibrar, nos estremece y nos interpela. Una latencia que desencadena emociones y sensaciones y que pueden cambiar la interpretación. Barthes lo llama el *punctum*, lo que punza. También habla del punto ciego de la imagen, lo que no muestra, lo que nos interpela desde fuera del marco.



Del proyecto "Renaissance" (Epílogo). © Rocío Bueno





Díptico del proyecto "Hilo". © Rocío Bueno

Yo concibo la fotografía como un sistema abierto de significados en el que confluyen muchas miradas. El espectador que observa una imagen la interpreta dándole un sentido propio relacionado con sus experiencias. En mi trabajo me propongo interrogar a las imágenes para atravesar su superficie y los límites del marco, relacionar sus silencios de la imagen con los de la memoria y generar relatos alternativos.

En *Hilo*, mi primer trabajo, rememoro a mi madre ausente a través de un diálogo con mi propio álbum fotográfico familiar y establezco una búsqueda personal en torno a la figura de la madre, ¿cómo entenderla?, ¿dónde buscarla cuando ya no está? También hay una reflexión sobre la construcción de la maternidad, ¿de qué está hecha una madre?, y un cuestionamiento sobre el modelo y rol heredados, ¿qué es ser una "buena madre"? Como telón de fondo, hablo de la memoria, su fragilidad y carácter fragmentario, y planteo un cuestionamiento sobre la fotografía familiar como muleta de esa memoria, así como una reflexión en torno al propio medio fotográfico, como superficie



Díptico del proyecto "Cocinando a mamá". © Rocío Bueno

"EN MI TRABAJO ME PROPONGO INTERROGAR A LAS IMÁGENES PARA ATRAVESAR SU SUPERFICIE Y LOS LÍMITES DEL MARCO, RELACIONAR LOS SILENCIOS DE LA IMAGEN CON LOS DE LA MEMORIA Y GENERAR RELATOS ALTERNATIVOS".

de registro frágil, sobre la que vemos huellas del pasado, y bajo la cual late otro espacio ligado a las emociones. Es el espacio silencioso de los reversos, que describe Barthes, al que



Del proyecto "Hilo". © Rocío Bueno



yo quiero acceder transgrediendo la imagen. Las intervenciones en las fotografías del álbum me sirven para expandir el significado de la imagen y completarla con las emociones que surgen al dialogar con ella. Son un puente con el pasado para actualizarlo. Con ellas vuelvo a ser la niña curiosa que juega y desmonta sus juguetes para entender cómo funcionan, y desde ahí, establecer un enlace con la adulta para construirme como madre.

En la serie *Cocinando con mamá*, cocino una fotografía de archivo de mi madre con recetas que ella me enseñó, en un acto de amor e identificación y como forma de seguir compartiendo tiempo y espacio con ella. Aquí el gesto de cocinar la imagen es una expresión de afecto y una forma de fortalecer los vínculos que me unen a una madre que ya no está.

En mi último trabajo, *Renascence*, abordo la figura de la poeta Edna St. Vincent Millay, primera mujer en ganar el premio Pulitzer de poesía en 1923, una de las mujeres más influyentes de la poesía del siglo XX y portavoz de su generación para la igualdad de género. El

objetivo es reivindicar y traer al presente un referente femenino que, como tantas mujeres creadoras, tras su muerte pasó a un segundo plano. He querido redescubirla a través de una mirada contemporánea, poniendo en diálogo su obra poética con imágenes generadas a partir de ella e imágenes de su archivo intervenidas. En este caso, también dialogo con las imágenes de archivo, conectándolas con la naturaleza y con la mujer actual, para redescubrir y actualizar la historia de la poeta en el presente. El gesto de intervenir las imágenes me sirve también para establecer un vínculo con la poeta en un proceso de identificación y resonancia, y reescribir su historia conectándola con la mía propia. El relato se construye en un espacio imaginado, donde se mezclan realidad y ficción, pasado y presente, y utilizo sus poemas como telón de fondo silencioso, sobre el que se construye el relato, en un lenguaje de fragmentación, evocación y secreto, compartiendo entre fotografía y poesía. Es una invitación a recorrer ficciones habitables que nos inspiren un camino propio.

LA VIDA ES COMO LAS VIEJAS FOTOGRAFÍAS

FERNANDO SÁNCHEZ, fotógrafo, profesor y editor de XATACA

LAS VIEJAS FOTOGRAFÍAS FAMILIARES NOS CUENTAN HISTORIAS SIN LAS CUALES NO EXISTIRÍAMOS. SOLO DISTINGUIMOS EL ROSTRO DE ESAS PERSONAS Y, CON UN POCO DE SUERTE, SU VIDA Y OBRA GRACIAS A LA MEMORIA DE ALGÚN FAMILIAR. YA NO IMPORTA SI SON BUENAS O MALAS.

Hay quien piensa que para hacer un buen retrato basta con seguir una serie de consejos infalibles: "si haces esto, tienes este equipo y utilizas las luces que decimos, todo está hecho". Estos gurús olvidan lo más importante: un retrato es un trabajo de dos, porque cuenta una misma historia, pero desde los dos lados de la cámara.

Las personas pueden transformarse en objetos a través del ojo del objetivo. Pero si nos detenemos a mirarlos, empezaremos a descubrir sus rasgos. El fotógrafo solo tiene que conocer a su modelo para sacar a relucir su personalidad. Si se comporta como una máquina, el resultado será una mera sucesión de unos y ceros o una masa irreconocible de haluros de plata, algo incompleto hasta que se mire de otra forma.

Un buen retrato se puede conseguir de varias formas. Puede ser un alarde técnico con o sin alma. O el primer disparo de una sesión cuando tu modelo abre la puerta o asoma por la calle. Hay personas a los que la cámara los quiere y otros que no saben dónde mirar cuando se les observa desde un único ojo.

Cierto es que los retratos mejoran con el tiempo, cuando solo queda el recuerdo del modelo sobre la faz de la tierra. Para comprobarlo tienes que rebuscar en los álbumes de tu pasado. Es ahí cuando ese trozo de papel empieza a hablar y te trae el recuerdo de los tiempos idos, como decía Camilo José Cela.

Las viejas fotografías familiares nos cuentan historias sin las cuales no existiríamos. Solo distinguimos el rostro de esas personas y, con un poco de suerte, su vida y obra gracias a la memoria de algún familiar. Ya no importa si son buenas o malas. Queremos conocer todo y nos fijamos en cada uno de los detalles de esos rostros que tanto se pueden parecer a nosotros.

¿Qué es un retrato?

Un retrato es la descripción de la figura o carácter de una persona a través de sus cualidades físicas o morales. Es importante que conozcamos a la persona que queremos fotografiar o, en su defecto, identificar desde el momento del disparo qué es lo que queremos que refleje esa persona en nuestra fotografía.

La comunicación con el modelo es fundamental, aunque algunos tienen el don de descubrir cómo es una persona con solo mirarla a través del objetivo, sin cruzar una sola palabra con ella. Y el mejor ejemplo es Richard Avedon, que muchas veces no se dirigía al retratado y clavaba su personalidad.

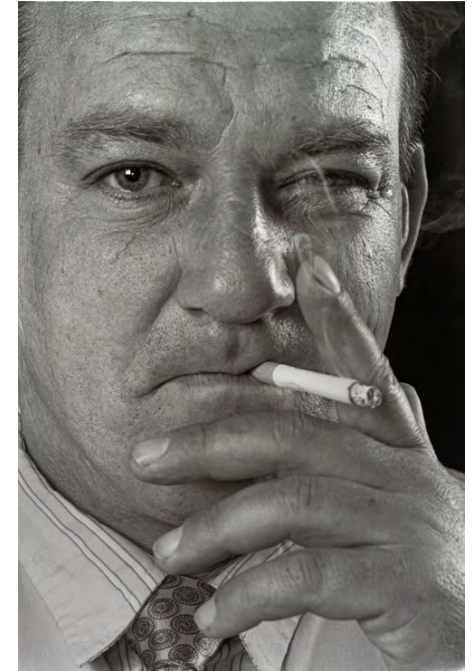
En un retrato son responsables las dos partes implicadas, si uno no quiere colaborar no hay nada que hacer en esa jornada. Recordemos cuando queremos hacer la foto a un niño que siempre se tapa, o pone caras extrañas, o simplemente se va corriendo.

Porque el gran problema de esta especialidad es que muy pocas veces los modelos se reconocen en la pantalla o el papel, pues casi siempre tienen otra percepción de sí mismos. Todos nos ponemos nerviosos ante la cámara, o no sabemos movernos con naturalidad. El fotógrafo ha de tener un poco de psicología, saber dirigir al otro, y viceversa.

Y los fotógrafos deben olvidarse del equipo. O, mejor dicho, olvidarse de tener los equipos más sofisticados y modernos con la mayor cantidad de luces posible, creyendo que solo con ellos podremos hacer mejores trabajos.

Cuantas menos cosas tengan alrededor, más cómodos se sentirán ambos protagonistas. La sencillez, ante todo. Muchas veces basta con un objetivo y la luz del sol o, en su defecto, un foco que lo imite.

Hay que estar con los cinco sentidos pendientes del modelo, no de cambiar objetivos o cambiar de posición las luces. Eso sí, si tienes un estudio lleno de ayudantes y te llamas Annie Leibovitz, pide doble de todo y una horda de retocadores.



El retrato del tiempo

Por este motivo tenemos que cuidar todos los detalles. Es importante que nuestros disparos perduren en el tiempo. Así llamarán la atención en el momento que los hagamos y en el futuro tendrán todavía mucha más fuerza.

Todos podemos hacer grandes retratos que hablen con más fuerza en el futuro. Solo hay que encontrar nuestro estilo para marcar la diferencia. Henri Cartier Bresson confiaba mucho en el primer disparo. Richard Avedon solo disparaba cuando era necesario. Y conseguían obras maestras. Como decía Baudelaire:

El retrato, un género aparentemente tan modesto, requiere una enorme inteligencia. Cuando veo un buen retrato, intuyo lo que le ha costado al artista, primero ver lo que hay ahí y luego adivinar lo que está oculto. Un buen retrato me parece como una biografía dramatizada, o más bien como el drama natural que habita dentro de cada ser humano.

Debe primar la psicología del personaje y el estilo del autor. La obra de los grandes fotógrafos no desmerece si la comparamos con las pinturas de Velázquez, Rembrandt o Francisco de Goya. La técnica está al servicio de la mirada. Cartier Bresson y Avedon no juegan con las luces sino con el momento preciso del disparo. Crean cuando desnudan con la mirada al que tienen frente al objetivo.

El mundo está lleno de personas que se dedican a hacer retratos. Hay muchos que, por motivos profesionales, son capaces de hacer hasta 100 al día. Pero su experiencia no pasará a la historia de la fotografía, a pesar de trabajar tanto.

El retrato es una comunión entre dos o más personas, una unión instantánea, un relámpago de milésimas de segundo, cuyo resultado es la plasmación de un rostro (de una personalidad si es suficientemente bueno) para la posteridad. Parece exagerado, pero todos disfrutamos cuando vemos las fotos de los bisabuelos de principios del siglo XX. Y con solo ver esas fotos antiguas podemos adivinar la personalidad de todos los que aparecen en ese pedazo de papel.

Las nuevas historias de las viejas fotografías

Mirar las fotografías antiguas de los viejos álbumes familiares es encontrarse con nuevas historias. No hay nada más emocionante que rebuscar en ellas sus orígenes, como hace Paco Gómez en esa pequeña joya que es *Wattebled o el rastro de las cosas*, en el que a partir de unos negativos de cristal que encuentra en el Rastro de Madrid se embarca en un viaje guiado por esa mirada que se había perdido en el tiempo.

Pero no hace falta asaltar los puestos de la calle en busca de la historia. En nuestra familia podemos encontrar fotografías en los armarios y cajones. Y si las hallamos, tenemos un tesoro.

Ahí está registrado el instante que le robó al tiempo el fotógrafo y por supuesto todo el peso del paso de la historia. Algunos prefieren el maquillaje de la edición digital. Otros buscamos

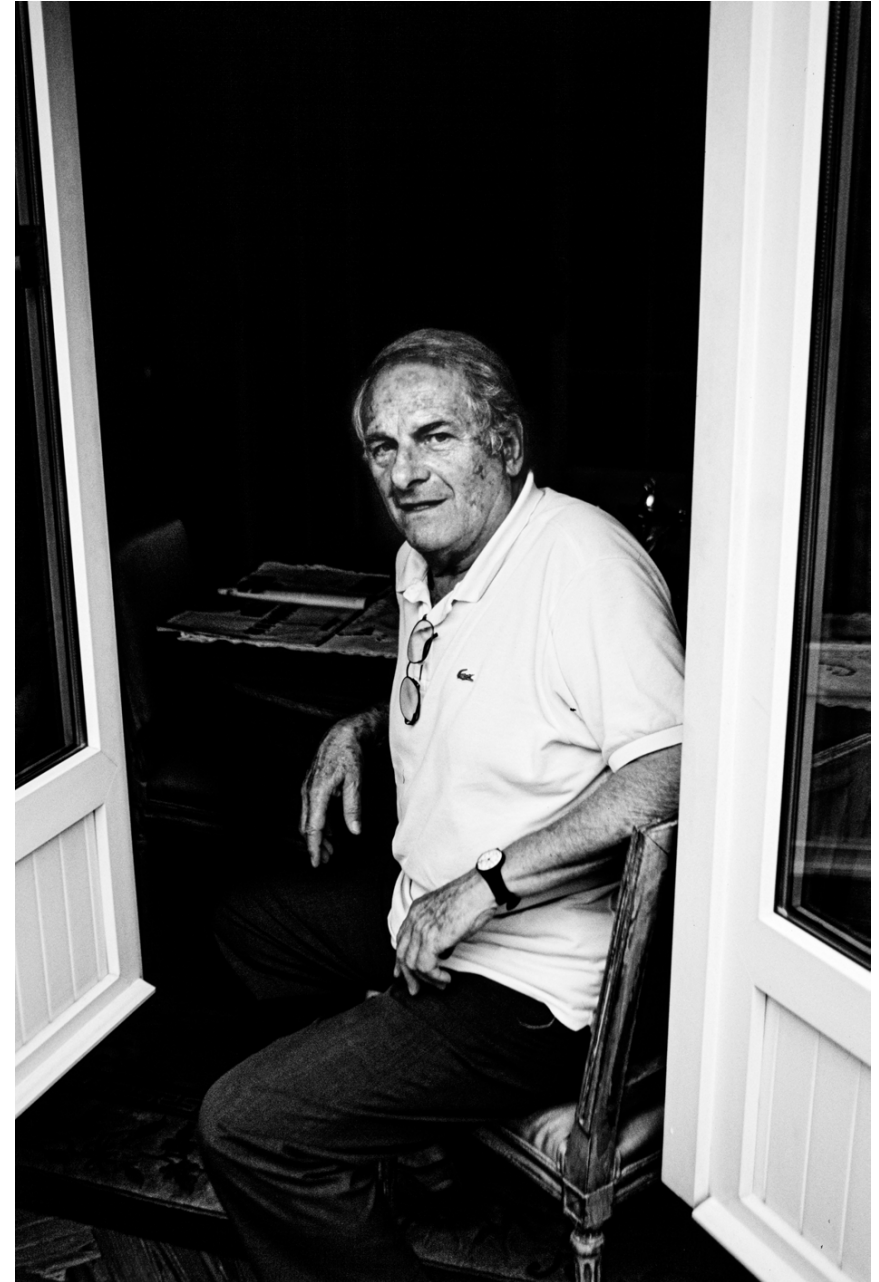
la restauración esencial. Y algunos ven en las arrugas parte imprescindible de la fotografía.

Cada arruga, cada mota de polvo, cada pérdida de información sucede porque la fotografía está viva. Si dejamos de pensar con la mentalidad occidental y nos adentramos en el mundo oriental, descubriremos que estas huellas merecen recordarse con oro, como cuenta Junichiro Tanizaki en *Elogio de la sombra*.

Porque no tenemos derecho a detener el tiempo. No podemos jugar a ser dioses, sino reconocer que solo podemos adornarlo. Así es como las viejas fotografías nos hablan, como descubre el profesor a sus alumnos en *El club de los poetas muertos* o como sienten los Buendía cuando ven la fotografía de Remedios:

...y puso el daguerrotipo de Remedios en el lugar en que se veló el cadáver, con una cinta negra terciada y una lámpara de aceite encendida para siempre. Las generaciones futuras, que nunca dejaron extinguir la lámpara, habían de desconcertarse ante aquella niña de faldas rizadas, botitas blancas y lazo de organdí en la cabeza, que no lograban hacer coincidir con la imagen académica de una bisabuela

Gabriel García Márquez explica el poder de los viejos retratos. Nos desconciertan, nos cambian la forma de ver las cosas. Ahí están para contarnos que las cosas no son como creemos, que la vida que se fue es atterradoramente parecida a la nuestra, que solo cambian las formas, pero en el fondo todos somos iguales. Y la fotografía no deja de recordarlo imagen tras imagen.





CARMEN GARCÍA ROJAS

La primera comunión

Era costumbre de la época que cuando cumplían seis u ocho años, los hijos hicieran la Primera Comunión. Se trataba de una fiesta religioso-social muy arraigada en las familias católicas donde se adquiría un compromiso con Dios y la sociedad.

Esta puesta de largo infantil hacía que toda la familia se reuniera; se comía, se bebía y se immortalizaba el evento con fotos como esta.

Era la fe del resurgir de la posguerra.



Bernardo

El abuelo Bernardo nació y murió en su pueblo del que pocas veces salió. Solo cuando la guerra se vio obligado a abandonar casa y enseres para trasladarse a Madrid y Guadalajara, donde uno de sus hijos luchaba en el frente mientras otros dos quedaban en el bando contrario. Terminada la guerra volvió a ese pueblo castellano-manchego que tanto amaba. Allí se había casado, criado a sus hijos y fue muy feliz porque, aunque toda su vida fue labrador, Bernardo era un hombre de paz.



Ellos dos

Eran felices, la vida les sonreía dentro de las dificultades de la época. Él tenía un buen trabajo con el que mantener a la familia, ella era ama de casa, de una pequeña casa recién estrenada con un florido jardín donde los hijos podían jugar. Nunca imaginaron que esa felicidad les iba a durar poco, el destino es caprichoso y aunque no lo sospechasen nubes negras se ceñían sobre el horizonte, se acercaba una tormenta vital. Como un rayo cayó sobre su corazón y lo mató de un infarto. Él murió con 38 años, ella le sobrevivió muchos años más...



Recuerdos cautivos

La memoria es esquiva, con el tiempo todo se olvida, hay que persistir en los recuerdos en aquellos momentos en que fuimos felices, en aquellos lugares que nos hicieron sentir que la vida era maravillosa, en aquellas personas que amamos y que seguimos amando a pesar de la distancia, del olvido o del silencio, de ese silencio infinito de los que ya se han ido y de los que solo nos queda el recuerdo y una vieja foto. A ellos les hubiera gustado atrapar el tiempo en un tarro cerrado para recordar siempre el momento en que el amor les sonrió.



El lata-album de la tía-abuela

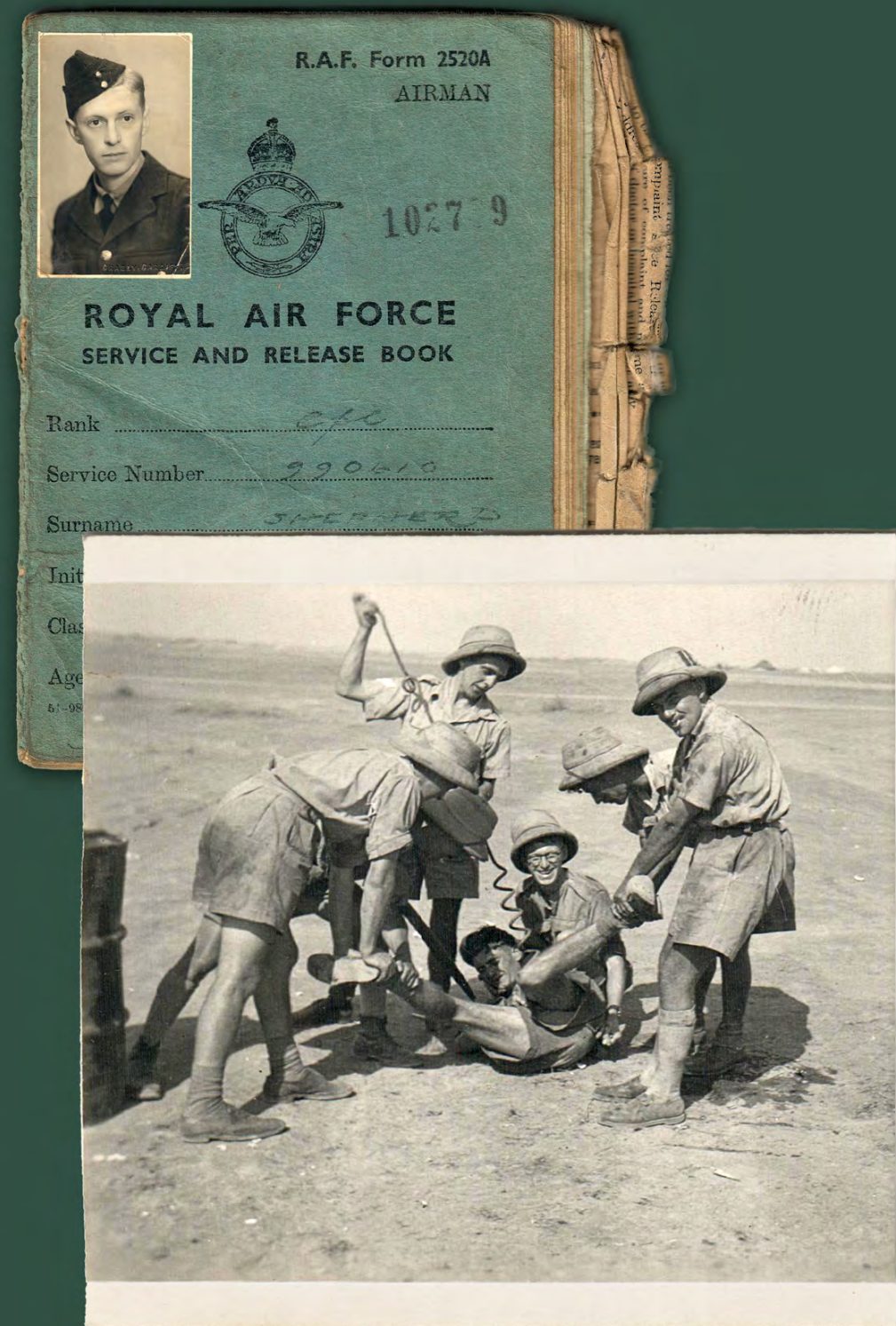
La tía abuela guardaba esta lata que por extraños motivos cayó en manos de la familia, todos la desearon, nadie conocía a nadie, era un acervo de fotos sin conexión temporal ni familiar, solo ella aparecía en alguna foto sabe dios con quien, vecinos sobrinos, hijos de amigos, alguna foto esta dedicada no sabemos si a quien, pero para ella era un pequeño tesoro, la fotografía había llegado a su vida y por contra al espejo en ellas no envejecía.



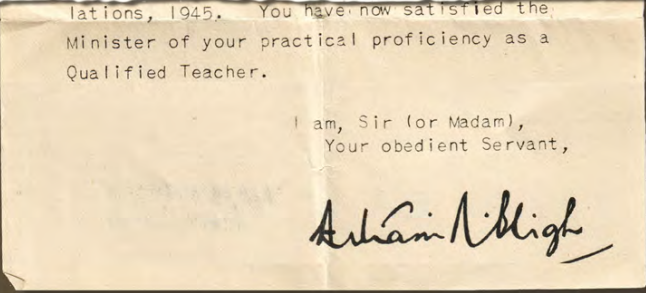
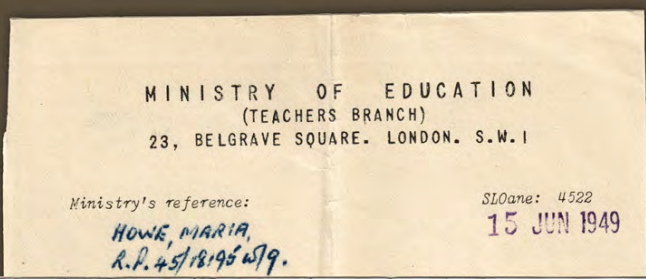
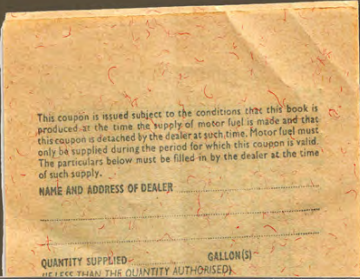
A los principios del siglo XX mi bisabuelo por parte de padre (arriba), entra como socio en una empresa de imprenta. Abajo juega al billar con los otros dos socios, probablemente antes de la primera guerra mundial. Arriba a la izquierda, un homenaje por sus 60 años en la empresa.

Al estallar la segunda guerra mundial mi padre se alista en las fuerzas aéreas. Tiene 22 años. Le mandan nada más terminar el entrenamiento a la India donde permanece hasta terminar la guerra. Abajo, haciendo el ganso con los compañeros.

RICK SHEPHERD



Mi madre pasa la adolescencia entre bombardeos y racionamiento (cupones detrás de la foto principal a la izquierda). Al terminar el instituto se forma como profesora, graduándose en el 49, como vemos en la carta firmada por el ministro de Educación. Con los primeros sueldos empieza a viajar. La foto se toma en París en 1950. Mi madre, a la derecha, no parece haber tardado mucho en ligar. No es mi padre.



Portrait of a woman in a suit, with a blue circular stamp over it.

SIGNATURE
C. Howe

Nº 453355
SURNAME
HOWE
CHRISTIAN NAMES
MARIA
NATIONAL REGISTRATION No.
NVVH 25-4-4

La Speria, August 20th 1952

*...ed me, a few days ago,
letter. I sent to you
last year (on September, 27 I am correct)*



*Sincerely yours
Person he select*

Los viajes siguen y en el 53, con una amiga, mi madre viaja durante un mes a Italia en tren, cosa insólita en aquellos tiempos. La carta es de un médico a quien conoció en ese viaje. Seguirían carteándose incluso después de casarse con mi padre. En la foto principal, mi madre, mis abuelos y varios tíos y tías emprenden viaje a Lourdes desde Liverpool, probablemente en el 49.

La pequeña foto de arriba me emociona pues se la hicieron mis abuelos a mi padre en la India diciéndole que "Casey", su coche, esta a salvo y lo cuidan hasta su vuelta a casa. Al volver, mi bisabuelo le da trabajo, como aprendiz, en la imprenta. La foto principal es de los primeros viajes de empresa después de la guerra. Están mis abuelos y mi padre.



*Shepherds
Ways
"Casey"
Now in cold storage
till you come home*



Assembly

Coach No. 1

Mr. W. M. Shepherd
Mrs. W. M. Shepherd
Mr. S. V. Barker
Mrs. S. V. Barker
Mr. R. Shepherd
Mr. W. B. Swarbrick
Mrs. W. B. Swarbrick
Miss M. Parkinson
Miss F. Worthington
Mr. T. Bashall
Mrs. T. Bashall
Mr. G. Singleton
Mrs. G. Singleton
Mr. P. Cox
Miss F. Bennett
Miss J. Hardisty
Miss R. Jackson
Miss G. Banks
Miss L. Richmond
Miss B. Seed
Miss M. Martin
Mr. J. Grogan
Mrs. J. Grogan
Miss E. Spurrer

Coach No. 2

Mr. S. Stanley
Mr. J. Carter
Mr. R. Batty
Mr. F. Ryan
Mr. H. Taylor
Miss M. P. Cooper
Mr. R. Shuttleworth
Mr. C. Hutchinson
Mr. W. Hollinhurst
Mrs. W. Hollinhurst
Mr. R. Banks
Mr. L. Dawson
Mrs. L. Dawson
Mr. G. Cooke
Mrs. G. Cooke
Mr. M. McCluskey
Mrs. J. Woods
Mr. A. Rance
Mr. J. Townsend
Mrs. J. Townsend
Mr. A. E. Hobro
Mr. J. Irwin
Mr. J. Dawson
Mrs. J. Dawson

The days that make us happy make us wise—Morefield





María Luisa y Pablo

No fue un parto fácil. De las tres criaturas que nacieron, solo sobrevivió ella, Luisita. Cuando tuvo diecisiete años se cambió el nombre; le gustaba que la llamaran María Luisa, se identificaba con este nombre.

Pablo vino al mundo junto a un hermano gemelo que no sobrevivió al parto. De noche trabajaba en la tahona; de día destacaba en la escuela, fue el primero del pueblo en sacarse el bachillerato; presumía de ello.

Un día les pregunté:

—Papá, ¿Por qué te fijaste en ella?

—Ella pasaba las vacaciones en el pueblo, toda su familia era de allí. Era muy distinta al resto, tenía algo especial; era guapa, educada, inteligente, muy simpática... y delgada, con muy buen tipo (sonreía).

—Mamá, y a ti, ¿qué te llamó la atención de papá?

—Era un chico muy atractivo, bien educado y desenvuelto. Y también... sus ojos azules, que los había heredado de su padre, a quien apodaban "el Tremendo" en su juventud, cuando hizo sus pinitos como torero. Además, bailaba muy bien.

Me quedé callada observando unos segundos, ellos se miraron y se dijeron en silencio: "Hemos aceptado lo diferentes que somos; hemos estado en lo bueno y en lo malo; hemos construido nuestra propia historia".



Raíz

Raíz, punto de arranque, comienzo, camino que ineludiblemente arrastramos y hemos de perpetuar.

El conocimiento no es propiedad de nadie. Lo recibes, lo devuelves.

De esa manera una generación recuerda lo que sus miembros, como individuos, olvidaron hace tiempo.

Somos comienzo y continuación, ni más ni menos que un eslabón entre el principio y el fin.





Nuestro punto de partida, recuperar una parte de nuestra historia, en este caso la más personal. No somos especialistas que van a investigar sobre hechos históricos concretos, pero sí que somos capaces de recuperar esa parte de nosotros y de nuestros antepasados que han permanecido en la invisibilidad.

Y este es mi caso.

Cuando hablamos de ropa, de moda, siempre evoco a mis antepasados: mi abuelo Antonio Martín de Dompablo, y mi bisabuelo Nicolás Martín. Su mundo eran las telas, hilos, botones... en definitiva, la ropa. Algo que en un principio empezó a utilizarse por necesidad para protegerse del clima, frío o cálido, y que más tarde se convirtió en una descripción y presentación de quién somos ante los otros, transmitiendo tradiciones, gustos, preferencias, así como posturas sociales o políticas. haciendo surgir "las modas" en un mundo consumista.

Esto contrasta con las vivencias que tengo de mis antepasados (abuelo y bisabuelo), sastres los dos, que realizaban las prendas a mano y con la única máquina (máquina de coser, de finales del siglo XVIII). La gente acudía a su pequeño taller para elegir la tela, tomaban las medidas y ahí empezaban a dibujar, hilvanar, cortar y coser.

Yo veía a mi abuelo como un artesano, cada prenda, traje, abrigo, etc., terminado era como una pequeña obra de arte diseñada y creada por él, se podría decir que, aparte de ser un profesional de la costura, era como un "arquitecto de la ropa". Era su medio de vida y había sido el de su padre que, con menos medios, habría realizado prendas, quizá más funcionales (dedicadas más a la vida laboral), menos creativas.

Yo era pequeño, pero en casa oía hablar de telas, forros, hilvanes, botones. Mi abuelo disfrutaba cortando, cosiendo, era partidario de las modas que en definitiva abrían el abanico de telas, formas, colores, cortes... Era partidario de "la arruga es bella" eslogan de un importante diseñador gallego. Todo en él me daba a entender que era creativo, y que evolucionaba según los tiempos y las corrientes.

Por todo ello, hoy he querido destapar con este recuerdo estas fotos y estas pinceladas ese pasado de mis antepasados.

PABLO WADA





Hace unos meses mi amigo Pepe me llamó por teléfono para quedar conmigo. Me dijo que se había comprado una casa en un pueblo, la casa estaba amueblada, con muebles antiguos, algunos muy antiguos. Mirando si había alguna cosa que pudiera resultar aprovechable antes de liarse a hacer obras, dio con un baúl que parecía no haberse abierto en mucho tiempo.

Se puso a revolver entre los viejos enseres que allí había y se encontró una caja de cartón que ponía "Valca". Le recordaba vagamente a una vieja marca de productos fotográficos, así que abrió la caja y se encontró con unos rectángulos de cristal que parecían negativos de fotografías. Guardó todo y me llamó.

Así que, cuando me describió lo que había encontrado, quedamos para que me lo enseñara, y me encontré esta pequeña-gran joyita. Sobre la tapa de la caja alguien había escrito "María del Carmen 1953-1954 Fotos". Dentro había 12 placas de 9 x 6,5 cm con imágenes familiares en blanco y negro. Digitalizamos las placas y, aunque no tenían mucha calidad (algunas imágenes estaban desenfocadas, o el foco no estaba donde debería estar), pensamos que era un documento gráfico espectacular.

Nos pusimos en contacto con los vendedores de la casa, pero nos dijeron que no eran suyas. Así que nos tocó ir al Registro de la Propiedad a tratar de averiguar a quién podían pertenecer. Varias de ellas correspondían a lo que parecía una madre con su bebé en brazos. Los años escritos (1953-1954) y el nombre de "María del Carmen" debían darnos una buena pista de sus dueños. Y, tras mucho trabajo de investigación, logramos dar con ellos.

Efectivamente, la niña de las fotografías se llamaba María del Carmen, aunque para todos era Carmela, y había nacido en 1953. Su madre había muerto siendo ella muy joven, y apenas podía recordar nada de ella. Cuando vio las fotos que le llevamos impresas en papel, fotos de las que no tenía ni la menor idea, se puso a llorar desconsoladamente.

Hoy conserva estas placas de cristal, en las que está en brazos de su madre, como su más preciado tesoro.

VIRGILIO HERNANDO VAÑO





El árbol de la vida

Yo no conocí a mi abuelo. Murió antes de que hubiera nacido. Pero siempre estuvo muy presente en la familia. De sus cuatro hijos varones, Luis, Antonio, Rafael y Jesús, decían que eran su vivo retrato. Y cuando me miro al espejo todas las mañanas, no puedo más que reconocer que el "gen Bardají" ha definido a toda la familia. Y eso vale tanto como para lo anterior a mi abuelo como para lo posterior a sus nietos. Nadie se escapa. En el físico, en la forma de expresarse, en la orientación profesional. Mi abuelo Luis, abogado de prestigio metido a político durante la República (donde fue ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes) llevó a que la mayoría de los Bardají sean abogados del Estado o ejerzan en sus propios bufetes, con la excepción de mi padre y de mí mismo. Demasiada Ley y Orden ya en la familia. Pero a ninguno se nos desheredó de su gran pasión, la lectura.

Los Bardají son bien conocidos en Badajoz, aunque no solo. Joviales, unidos, sociales e intentando siempre hacer lo correcto, según los momentos y circunstancias. No siempre fáciles en esta España donde una de las dos tiende a helarte el corazón.

No conocí a mi abuelo, como he dicho, pero sí pude disfrutar de mis tíos y de mis padres hasta hace relativamente poco. Con esta foto solo aspiro a homenajear a mi familia paterna. Aunque solo sea a los varones porque de las mujeres no conservo imágenes. Mi abuelo es una foto de pasaporte, serio, ladeado, lejano. Mi padre le acompaña con otra de formato similar. Y luego vienen tres imágenes de los hermanos y demás familia, donde, en el centro, se ve claramente el paso del tiempo. Finalmente, hay dos imágenes de mi padre y mi madre, felices, de fiesta, y en el medio una suerte de retrato, de cuyo autor no me acuerdo, de mi padre conmigo cuando ya era adolescente. El color es típico de los 60 y el encuadre –cortes imposibles– o muy de fashion o de mal fotógrafo. Podría haber cerrado este árbol de la vida con una imagen parecida de mi hijo conmigo, pero he creído que esa es ya otra historia.

RAFAEL BARDAJÍ



Un caos

Solo quería encontrar una foto de cuando era joven y han empezado a salir fotos de toda condición. Ha sido imposible. Creo que debería ordenarlas, pero...

Ha sido una búsqueda reveladora de mi vida y la historia visual de mi familia. Cuando he empezado a buscar en el caos de varias cajas pensaba que me iba a deprimir. No ha sido así. Hay fotos de mi hermano y su familia, de su boda en París, de mis tías que iban de ricas por la vida, de mis queridas abuelas, de mis padres, de mis amores y más, y más, y más...

Cuando he tenido que parar para mandar estas líneas no me ha invadido la nostalgia ni la tristeza. Ha sido una sensación de tranquilidad, de calma, de haberlo vivido con un balance ¿aceptable? Puede ser.

Tengo que mirar las cajas de las fotos otra vez. Hay muchas cosas buenas y las he vivido.

PACO JUNQUERA



COMISION DEPURADORA (D n.º 1-Magisterio

VALENCIA

Maestra D.ª Juliana

Localidad (antes del 18 de Julio 1936) *Cursillista 1936*
 Escuela *Propiedad provisional*
 Propuesta Comisión *Inhabilitación de desempeño por 2 años y descuento*
 Fecha salida *11 Julio 1941*
 OBSERVACIONES:

412-96

Mi abuela Juliana

Mi abuela Juliana nace en 1904 en Cornago, Logroño. Su padre, Fabián Remondo Baroja, fue militante de partidos de derechas y presidente de Acción Popular de Cornago. Acabó la carrera de magisterio en Logroño en 1933, con 29 años. Durante sus estudios se proclamó la II República y se establecieron nuevas políticas educativas para extender la alfabetización de la población española, que era muy baja, y mejorar su calidad. Supongo, por lo tanto, que los estudios de maestra realizados por mi abuela al principio de la República ya contaban con estos objetivos y su formación fue acorde a ellos si no en cuanto al plan de estudios (el suyo era el de 1914) sí en cuanto al ambiente que debió respirarse en las Escuelas Normales de la República.

En noviembre de 1935 llega a Mosqueruela, Teruel, como maestra interina. Mi abuela tenía en ese momento 31 años y fue a ese pueblo con sus dos hijos, mi padre, que tenía 7 años, y mi tía Ana María, que era menor. Mi abuelo Felipe vivía en Puerto de Sagunto donde poseía una tienda de ultramarinos.

En febrero de 1936 ganan las elecciones los partidos de izquierda de la coalición del Frente Popular. El nuevo gobierno establece la coeducación en las escuelas. En la escuela de Mosqueruela mi abuela Juliana aplicó inmediatamente la coeducación, sentando en cada pupitre a un niño con una niña mientras sus compañeros de escuela, dos maestras y un maestro, mantuvieron separados a niñas de niños en la escuela o en cada clase.

El 18 de julio de 1936, encontrándose ella de vacaciones en Puerto de Sagunto donde vivía mi abuelo, se produce el golpe de estado que dará inicio a la Guerra Civil y a la dictadura franquista. Mis abuelos pasan toda la guerra entre la Comunidad Valenciana y Murcia, siempre bajo gobierno republicano. A mi abuela la nombran maestra interina de Puerto de Sagunto desde el 18 de noviembre de 1936, yendo a Algimia de Alfaro con los niños refugiados del Puerto hasta el 21 de julio de 1938.

Debido a los bombardeos que se producían contra los altos hornos de Sagunto, donde trabajaba mi abuelo Felipe, el gobierno traslada la producción y a los trabajadores en secreto a Cieza. Desde el 31 de octubre de 1938 mi abuela trabaja en la escuela La Corredera de Cieza hasta la entrada de los franquistas el 28 de marzo de 1939.

En abril de 1941 le abren expediente de depuración, como a gran cantidad de maestras y maestros, acusándola de:

- 1.- Entusiasta izquierdista antes del 36 y asidua lectora de prensa de izquierdas.
- 2.- Su conducta durante el Glorioso Alzamiento fue "extremista".
- 3.- Negó la existencia del alma y demostró su entusiasmo por la coeducación y costumbres marxistas.

Le proponen una suspensión de empleo y sueldo de dos años y la inhabilitación para cargos directivos y de confianza a perpetuidad. Ella aporta en su descargo certificados de buena conducta moral, religiosa y política de un montón de personas adeptas al nuevo régimen de la dictadura. También aporta un pliego de dos folios de descargos que refleja la angustia de tener que defenderse de acusaciones que podían marcarla a ella y a su familia de por vida en una dictadura.

Finalmente, se la castigó con un solo año de suspensión y la inhabilitación perpetua de cargos directivos y de confianza. Volvió a trabajar después. Estaba trabajando en la escuela de Villafeliche cuando en 1953 murieron ella y mi tía Ana María ahogadas en el estanque de la finca que compró mi abuelo para fabricar ladrillos y tejas.

CARLES GALINDO



La era del trillo

Una imagen que queda para el recuerdo, la trilla.

Un duro trabajo para el agricultor que se realizaba a pleno sol desde primera hora de la mañana en agosto, y que a los pequeños nos servía de divertimento. Un paseo en el trillo a modo de tío vivo.

La trilla es la actividad que se realizaba con los cereales tras la siega para retirar el grano de la paja. Solía empezarse a primeros de agosto, a primeras horas de la mañana, barriendo la era en la que a continuación se iban desatando las gavillas de cereal distribuyéndolas uniformemente. Se preparaba el trillo, un tablero grueso de forma rectangular y curvada hacia arriba con el vientre guarnecido de esquirlas cortantes de piedra o de cuchillas, que tirado por un par de mulos y dirigidos por una persona subida en él daba vueltas sobre los cereales.

Hoy en día esta actividad ha desaparecido, el progreso y la mecanización de esta actividad acabaron con esta dura tarea, quedando para el recuerdo y para alguna conmemoración y fiesta tradicional.

Y tú, ¿de quién eres?

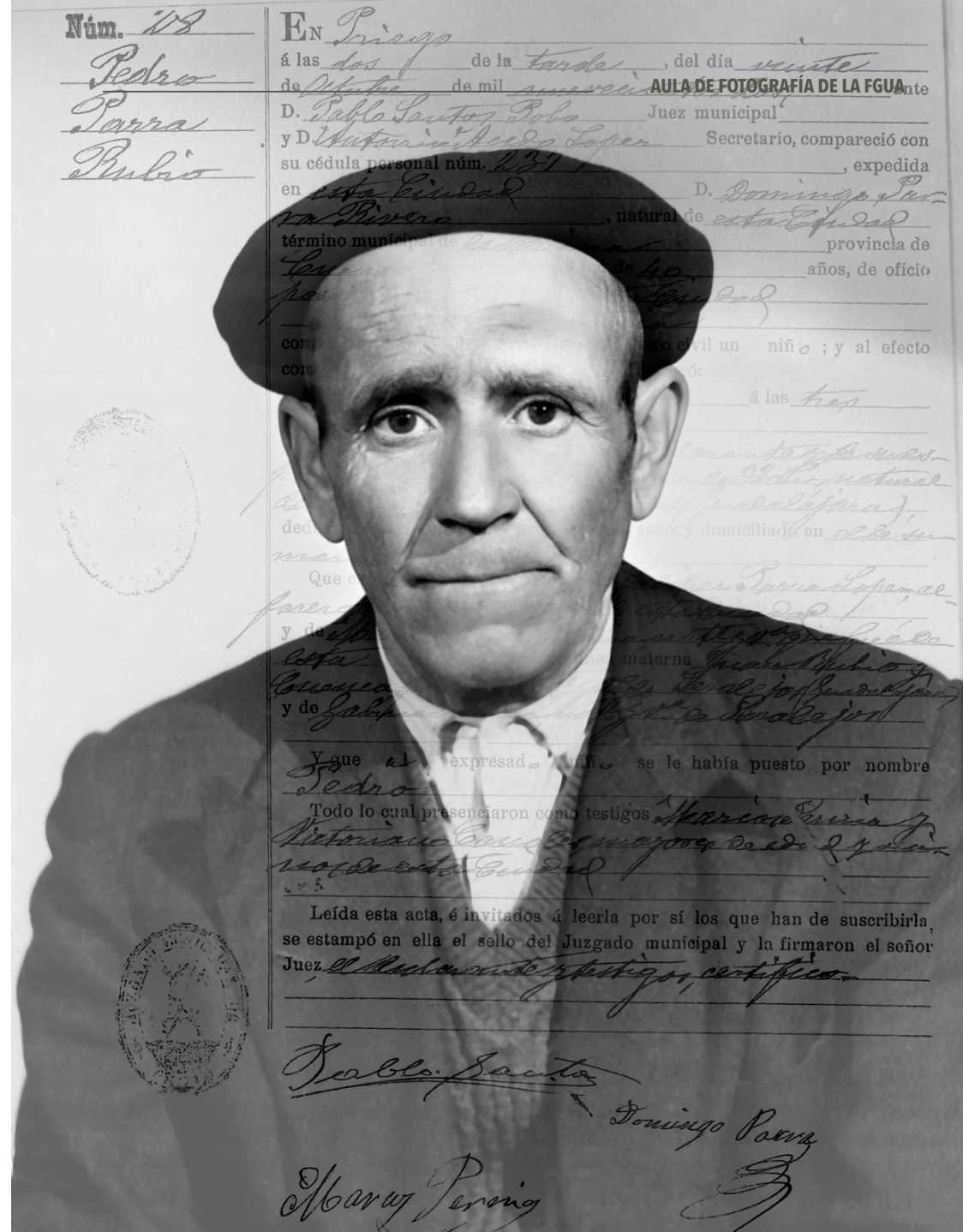
Esta es la pregunta que cada vez que íbamos al pueblo nos hacían los vecinos de Priego (Cuenca), al vernos por la calle o en alguna tienda. Del "Rosco", era nuestra respuesta.

Pedro Parra Rubio, el "tío Rosco", de profesión labrador y jornalero. Por temporadas trabajaba en el molino de aceite, donde según narran en el libro Un pueblo llamado Priego, en plena época del molido de la aceituna, los chavales del pueblo se acercaban al molino con un trozo de pan para que el tío Rosco se lo mojase en aceite.

Al parecer, el apodo procede de cuando mi abuelo era pequeñín, tenía el pelo muy rizado y le decían "qué roscos más graciosos tiene el niño". No sabemos con certeza que esta sea la procedencia, pero esto es lo que ha llegado hasta nosotros y creemos que no debe ir muy desencaminado ya que casi todos tenemos el pelo rizado.

Todo el pueblo conocía al "tío Rosco", así llamaban a mi abuelo materno. Así nos conocían en el pueblo y alrededores, por "los Roscos".

INMACULADA CLAVO



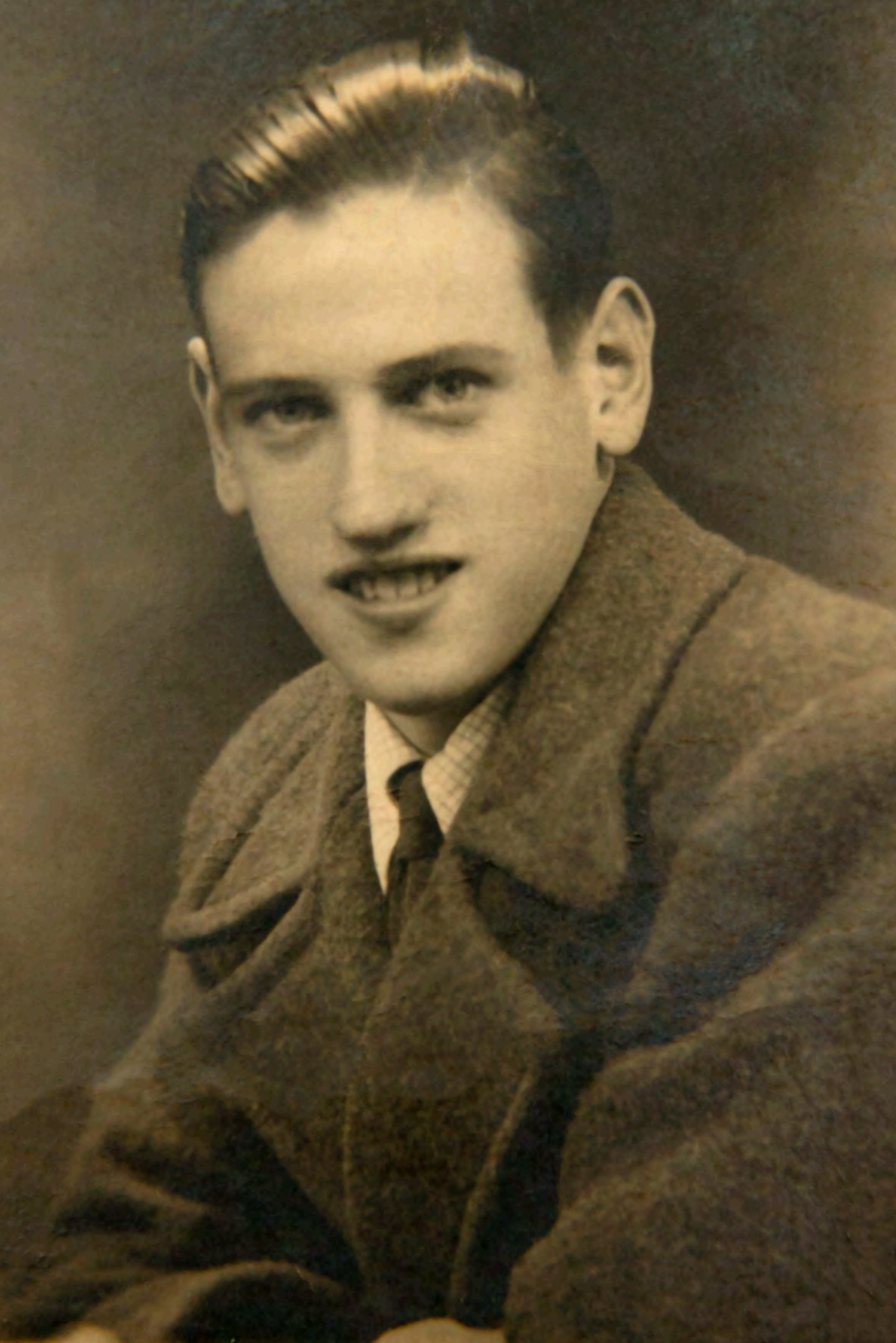


Antonio Alonso. 1960. Base aérea de Son San Juan. La capa más pulida del cielo, a la que solo los elegidos pueden volar, está compuesta por todos los hombres buenos de la tierra; un lugar en el que revivir una existencia de paternidades, guiñadas y alabeos más allá de la pandemia de 2020. De arena de contradicción, la vida tiene abundancia de litorales. Os adeudábamos todo aquí, pero os merecíais estar allí. Pero también abundan rocas y metales casi tan fuertes como el amor. Nunca un recuerdo fue tan duro de quebrar. Otra misión cumplida.

ANTONIO ALONSO







Mi padre fue inventor

Domingo del Cura López nace en Aranda de Duero en 1924, en una familia de ocho hermanos. A unos tempranos catorce años, se puso a trabajar en un taller de cerrajero, en el que aprendió el oficio.

Con solo veinte años crea su propio taller de reparaciones de maquinaria agrícola.

Fiel a su espíritu inquieto y emprendedor, quiso resolver el problema de la trilla, e inventó la trilladora LAGARTO. Tras su patente, que aún conservamos, fue adaptando su invento a la llegada de otras máquinas como las cosechadoras y empacadoras.

Hacia los años cincuenta, compra un antiguo molino y, aprovechando la energía del salto de agua, monta INDUSTRIAS DEL CURA.

Hombre innovador y visionario, presentó sus creaciones en muchas de las ferias agrícolas de la época: Feria del Campo de Madrid, Valladolid, Aranda de Duero y la internacional de Zaragoza. Fue así como sus inventos se distribuyeron por toda España... Aún hay mucha gente que las recuerda.

MERCEDES DEL CURA





Memoria es recuerdo tanto de algo que ha desaparecido como de algo que todavía perdura

Mi relato fotográfico comienza con una fotografía familiar, mi madre y mi hija en el jardín de mi casa. Continúa con otra de mi hija, sentada en unas maderas que cubren la tumba de nuestra perrita fallecida unos días atrás, que sostiene la fotografía de mi madre que fue tomada en ese mismo lugar del jardín. Seguidamente aparece la fotografía de una pareja paseando, mis padres, y a continuación la fotografía de la familia que ellos formaron al completo. Por último, una doble fotografía de ese grupo familiar en la que hay memoria y presente. Ambas fotografías están separadas por catorce años.

**ISABEL
MARTÍNEZ
GORDILLO**



CHEMA GARCÍA



Calle Pajarejo

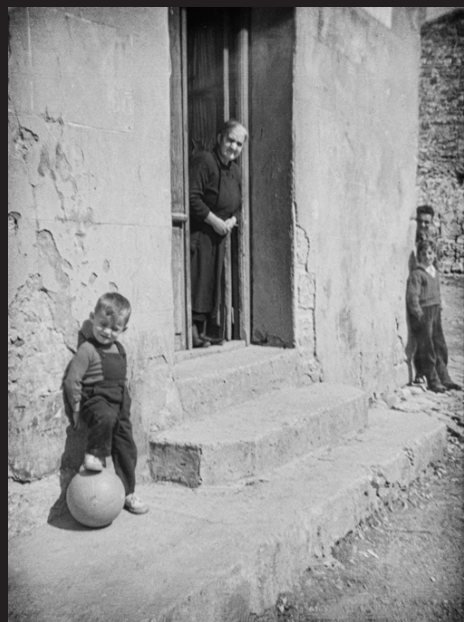
Por casualidad, hace años, llegaron a mis manos unos negativos que, aunque tenía ganas de revelar, nunca llegaba el momento. En abril de 2020, aprovechado el confinamiento, pude dedicar un tiempo y descubrir su contenido.

Fue una grata sorpresa encontrar una gran cantidad de fotografías familiares que antes no habíamos visto; mis primos, mis tíos, mis abuelos estaban ahí, en los alrededores de "la tienda de los Miguelillos" donde se tomaron la mayoría de las imágenes descubiertas.

El pequeño rincón de la Calle Pajarejo, aunque ha cambiado con el paso del tiempo, se reconoce perfectamente, y al observar las antiguas fotografías vienen a la mente recuerdos de un tiempo no tan lejano.

Ver estas fotografías es pensar en "el pueblo" ese lugar que transmite sensación de seguridad, recordar la infancia y traer a la memoria a los que ya no están.

No hay nada como una imagen para estimular a la mente, evocar los recuerdos y conectar el pasado con el presente.





Mando imágenes antiguas en donde aparece mi fallecida madre, Ascensión Fernández Aragonés, cuando era joven, antes de contraer matrimonio con mi padre. Nos dejó en Madrid en el año 2015 con 71 años de edad tras padecer cáncer.

Nacida en Calzada de Calatrava (Ciudad Real), se dedicó a cuidar de su familia, a ayudar a quien lo necesitaba y a disfrutar de las pequeñas cosas que la vida le ofrecía.

Lo que me llevo de ella es su cariño, la educación que me ofreció y su ejemplo de vida.

Homenaje a los padres/tutores que nos dejaron, pero siguen vivos en nosotros.

ISIDRO GARCÍA





La aparición de máquinas fotográficas a precios populares supuso el ensanchamiento de los límites de la memoria familiar de las personas. Hasta mediados del siglo XX la relación de la inmensa mayoría de la población con sus antepasados se reducía a una escueta tradición oral que iba diluyéndose en la segunda generación y desaparecía casi por completo ya en la tercera, de forma que solo podían saber quiénes eran y de dónde venían y cuál era su lugar en el mundo un puñado de familias privilegiadas que tenían a su alcance los resortes de la escritura, la pintura o la incipiente fotografía para documentar y transmitir su acervo identitario.

Esto cambió radicalmente sobre todo tras la salida al mercado de las máquinas tipo Werlisa de facilísimo manejo, que en España supuso la primera gran democratización del hecho de tomar fotos (la segunda ha sido con las cámaras insertas en los teléfonos móviles). Puede que los resultados estéticos disten mucho de los de aquellos maestros de los primeros pasos de la fotografía en el XIX y principios del XX, pero, a cambio, las generaciones de posguerra disponen por primera vez en la historia de modos sencillos y útiles para contarse a sí mismos y para transmitir a las generaciones venideras la impronta de su mejor o peor paso por este mundo.

Y mientras que las fotos "serias" tipo BBC se siguen dejando en manos de profesionales, las escenas intrascendentes, cotidianas, divertidas, del día a día, son captadas con el mayor descaro por estos obreros y clase media que acceden divertidos y desinhibidos por primera vez en su vida a nuevas tecnologías como el transistor, la máquina de fotos o los primeros utilitarios.

Y es precisamente este el contexto que he elegido en mi aportación a los límites de la memoria. He querido homenajear a la generación inmediatamente anterior a mí centrándome precisamente en su mayor activo a falta de otros: el trabajo. Y para ponerlo en valor he excluido cualquier otro tipo de instantáneas, con la intención de convertir esta alienante y a veces vergonzante actividad en la única protagonista.

A partir de aquí, poco más que añadir: las fotos de la página derecha muestran un retrato neorrealista de mis padres y yo mismo que para mí transmite una radiante e ingenua confianza en el porvenir (pronto truncada), captada por un intuitivo fotógrafo desconocido que podría haber sido digno seguidor de mis admirados maestros de la Escuela de Madrid, La Palangana y la revista AFAL. Junto a esa imagen a plomo con mono, rebeca con pelotillas y fondo de cierre metálico y ladrillos, añado tres fotos más de escenas cotidianas de mi padre con compañeros, en una de las cuales el autor, llevado por su broma, sin duda ignora desde el foso del taller que eso



este mundo y bien podrían servir para allanar la vida en otra eventual pero improbable existencia. Ese ajuar está envuelto en una sábana arrugada exprofeso para la ocasión dispuesta a modo de sudario. Sudario que, aunque no envuelve ningún cuerpo propiamente dicho, sí que cobija una placa numerada certificativa de la cremación de un cuerpo, el del dueño de esas herramientas, y que por lo tanto, sin duda, al igual que ellas, contiene moléculas del difunto, pero en mayor grado, pues fue la última cosa con la que éste tuvo contacto en este mundo.



que está haciendo se llama foto robada y la forma en que lo está haciendo se llama contrapicado. Quién se lo iba a decir.

Y la foto de aquí arriba a la izquierda es un retorcido y a la vez frustrante ejercicio de simbolismo tardísimoromano en el que trato de imaginarme un ajuar funerario compuesto por herramientas de mi padre que le sirvieron para ganarse la vida en



Dos tierras en un sólo corazón

En casa siempre se recordaban las historias de allí, que aún pervivían en su memoria y eran completadas en la nuestra, porque cuando volvieron aquí con nosotros nacidos allí y ahora con ellos aquí, nunca se habían olvidado de nada de allí. Me encantaba escuchar sus historias, nuestras historias, del antes de aquí, del estar allí.

Ni siquiera tiempo después de volver aquí, se olvidó el allí, todo estaba en sus recuerdos, en su memoria, en la nuestra familiar, ahora más aquí que allí, pero ambas vivas. En el armario aún se encontraban vestigios de allí, ahora aquí, con dos tierras viviendo en un sólo corazón.

SALVADOR AGÜERA



La fotografía rescatada del olvido

"Para el tema de la memoria colectiva es claro que la reconstrucción permanente de recuerdos solo es posible a través de la conservación de imágenes, contactos, efemérides, usos y costumbres y, en general, de todo aquello que garantice, a través de la transmisión, que un grupo conserve su identidad en el tiempo. Esto no significa desde luego que baste con recorrer un álbum de fotografías «de época» para comprender la historia que estas eventualmente documentan. Las nociones de memoria, de montaje y de dialéctica están ahí para indicar que las imágenes no son ni inmediatas ni fáciles de comprender. De hecho, no están ni siquiera «en el presente», como se piensa por lo general de manera espontánea. Y es precisamente el hecho de que las imágenes no estén «en el presente» lo que las hace capaces de volver visibles las más confiadas relaciones de tiempo que inscriben a la memoria en la historia. Comprender que hay un tiempo pasado por recordar, permite hablar de cómo las imágenes que sobreviven en el archivo dejan ver algo que permanece cristalizado y que se presenta como una reaparición fantasmal que es percibida de manera diferente." (en Revista interamericana de bibliotecología Vol. 40 n.º1: "Memoria fotográfica: La imagen como recuerdo y como documento histórico", Augusto Solorzano-Ariza y otros).

Presento estas fotografías personales, de mi familia, de mis recuerdos.

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LA VEGA

Mami

Mi abuela se llamaba Concepción, aunque a ella nunca le gustó y siempre prefirió que le llamaran Conchita. Nació el 10 de noviembre de 1928 en la calle Mayor, en la casa que su abuelo, Miguel del Hoyo, construyó en 1881. Su madre era pescadera, la conocían como "la Rubia", y su padre, comerciante.

Siempre recordaba que, durante la Guerra Civil, siendo pequeña, cayó una bomba en la zona donde tenían los animales en lo que ahora es el patio de la casa actual donde vive mi madre, y cómo un cochino salió despedido. A su padre entraron a buscarle una vez en casa y le detuvieron los republicanos por una denuncia de un vecino. Al pobre le mataron en el camino del Zulema. Mi bisabuela lo reconoció cuando abrieron la fosa por un corsé que llevaba ya que tenía problemas de espalda.

Conchita estudió solfeo y se quedó en cuarto de piano, afición que retomó después mi madre y cuyo recuerdo está materializado en el piano de pared que preside el recibidor de casa. El único trabajo asalariado que le conocemos fue el de secretaria de la Cruz Roja, en el que llevaba la secretaría de la Asamblea Local de Alcalá. Después se casó y tuvo dos hijos. Años después ella me contaba cómo se acordaba de un novio que tuvo anterior a mi abuelo y que le silbaba para que saliera a su encuentro. A saber qué fue de aquel galán; nunca me dijo su nombre.

La única vez que salió al extranjero fue en el viaje de novios, a Tánger y a Tetuán. Aun así, visitó muchas ciudades de España y, hasta que falleció, una de las cosas que más le gustaba era ir a la playa. Otra de ellas, los ramos de flores y las rosas. Fe de ello da el rosal que hay plantado en el patio de casa. Y por supuesto, salir a comer, los pisolabis y las quedadas con su pandilla de matrimonios amigos.

Mi abuela fue una mujer feliz, eso creo; no le gustaban los problemas y si los había prefería mirar hacia otro lado. De mayor sufrió depresión y algo le cambió para siempre el carácter. Yo he sido una privilegiada de pequeña, con mis padres separados, y mi madre trabajando, mi hermano y yo nos hemos criado con ella. Cuando murió mi abuelo, Conchita, mi "Mami", siempre vivió con nosotros y, después, nosotros con ella. Se le echa de menos, me alegro de haber podido rescatar un poquito su historia.

NATALIA GARCÉS





Mi abuela Julia

Era la madre de mi madre y vivía con nosotros. Madrileña, aunque vivió en Ciudad Real la mayor parte de su vida. Era una persona fundamentalmente buena. Cuentan que en su casa cabía todo el mundo. En la guerra albergó a monjas, personas de un psiquiátrico, milicianos y gente necesitada y sola. Cuenta mi madre que cuando ella hizo la comunión, vecinos del otro bando político la insultaron al verla pasar, y cuentan que cuando más adelante estos vecinos se quedaron sin nada para comer, mi abuela les llevaba una olla con comida a diario. A mí me hizo sentir una persona especial, dormía con ella, y no se me olvidará el día en que nos compró nuestra primera televisión; fui su cómplice. Más tarde, los vecinos del barrio convertirían la televisión de blanco y negro a color por medio de una pantalla cutre pero que nos parecía lo más. La televisión siempre me recordará a mi abuela. Murió joven y murió como vivió, "murió por no molestar". Estaba pasando unos días en casa de mi tía, se levantó a orinar con la luz apagada por no molestar y abrió la puerta de una escalera de caracol en vez de la del cuarto de baño; aquel paso en falso la precipitó de cabeza hasta la mitad de la escalera y así, con el cráneo roto, subió y se metió en la cama.

LUZ HERNÁNDEZ CALAHORRA







Donde se cierran los círculos

A principios del siglo XX algunas vecinas de mi bisabuela Margarita, que era segoviana, le llevaban paletillas y patas de cordero para que se las asara, así que ella y mi bisabuelo Felipe decidieron abrir un merendero en la calle Guipúzcoa, cerca de la glorieta de Cuatro Caminos. El bisabuelo traía los pellejos de vino de Navalcarnero para servirlo en el merendero y acompañar los asados. Poco después dejó su trabajo en la Fábrica de la Moneda, ya que el negocio le fue bien y pudo abrir dos tabernas, una en Tetuán, La Explanada, y la otra, Casa Félix, en Bravo Murillo 98. Esta fue la que heredó mi abuelo cuando se casó con mi abuela el 22 de febrero de 1919. Cuando Félix y Gregoria tuvieron su primer hijo le llamaron Felipe, como su abuelo. En 1951 Felipe se casó con Manuela y de ese matrimonio nacimos seis hijos a los que, cuando éramos pequeños, nos ponían en fila de mayor a menor para hacernos las fotos.

En el antiguo merendero de la calle Guipúzcoa, siendo aún propiedad de la familia, se construyeron dos edificios de pisos y en uno de ellos años más tarde, entre 1983 y 2001, viví con mis dos hijos. Ahora ellos ya tienen sus propios hijos, mis nietos, a los que aún no les he contado que hace poco más de un siglo sus tatarabuelos asaban corderos que los madrileños degustaban regados con buen vino de Navalcarnero cerca de la glorieta de Cuatro Caminos donde, cuando eran pequeños, vivieron sus padres.

PALOMA PÉREZ DE ANDRÉS

La abuela Marisol

Una niña sostiene a otra, una nieta sostiene la fotografía de su abuela, juega con ella, la mira y se ríe, algo le resulta familiar, le da vergüenza y se tapa el rostro y yo tengo mi foto, la foto donde mi hija me enseña una foto de mi madre. Pienso en el futuro y cuando ella tenga la capacidad de comprender esta imagen, y me emociona profundamente.

JOSE GABELLA





Señor Gabella

Huele a tabaco, a caña, a selva, a montaña leonesa, a manglar, Andrés Gabella 1897, Cuba. Uno de tantos españoles que se embarcaron para hacer “las Américas” y hacer fortuna. Qué tendrá la tierrina de uno para volver a un mundo rural donde lo más moderno era un arado tirado por una pareja de vacas. Pero así fue; con todo lo ganado trabajando compró fincas en el pueblo y vivió allí hasta el fin de sus días. De Cuba se trajo unas plantas de tabaco que sembraba cada año y fabricaba sus propios cigarros. De alguna manera seguía unido a la isla.



Brando

La llamo así a esta fotografía porque si algo tiene mi abuelo es estilo, y el estilo en los 50 y 60 era el propio de Marlon Brando. Me hubiera encantado compartir su juventud con la mía, observo cada una de las fotografías de su juventud y me traslado a los lugares de los que tanto me habló, de los que con tanto cariño me contó mil historias, la magia de este bello arte que tiene el poder del recuerdo instantáneo.



La bisabuela

Quiero rescatar del álbum familiar la foto de mi bisabuela materna Rosario, que para mí respira ese glamour y esa elegancia de otra época. Una foto vintage, recortada y enmarcada que mi madre tenía junto a otras en el buró de la salita.

Siempre me llamó la atención por la indumentaria de esa época y por la serenidad que desprende su rostro y su pose. No conocemos la historia que hay detrás de esa foto ni realmente tampoco la historia de la bisabuela, salvo lo que nos contaron y con lo que nos quedamos y es que era una persona muy alegre que estaba enamorada y le gustaba asistir a los bailes de la época.

Los bisabuelos

Mis bisabuelos, Rosario y Manuel. Desconecemos la historia que hay detrás de ellos, salvo pequeñas pinceladas que mi abuela contó a mi madre, como que sus padres eran una pareja feliz, que estaban muy enamorados y que les unía el baile. Acudían a las numerosas verbenas que se celebraban en Madrid en esa época. Si esto fue cierto o invención, eso ya no importa, es el recuerdo que nos queda...

Como curiosidad, la fotografía está realizada en el estudio fotográfico de Celedonio P. López, de la calle de la Bola n.º 11, próximo al palacio Real de la Plaza de Oriente. (Y como anécdota, Celedonio solía imprimir en los cartones de sus fotos el escudo palatino para demostrar que retrataba también a la familia real).





Madre e hija

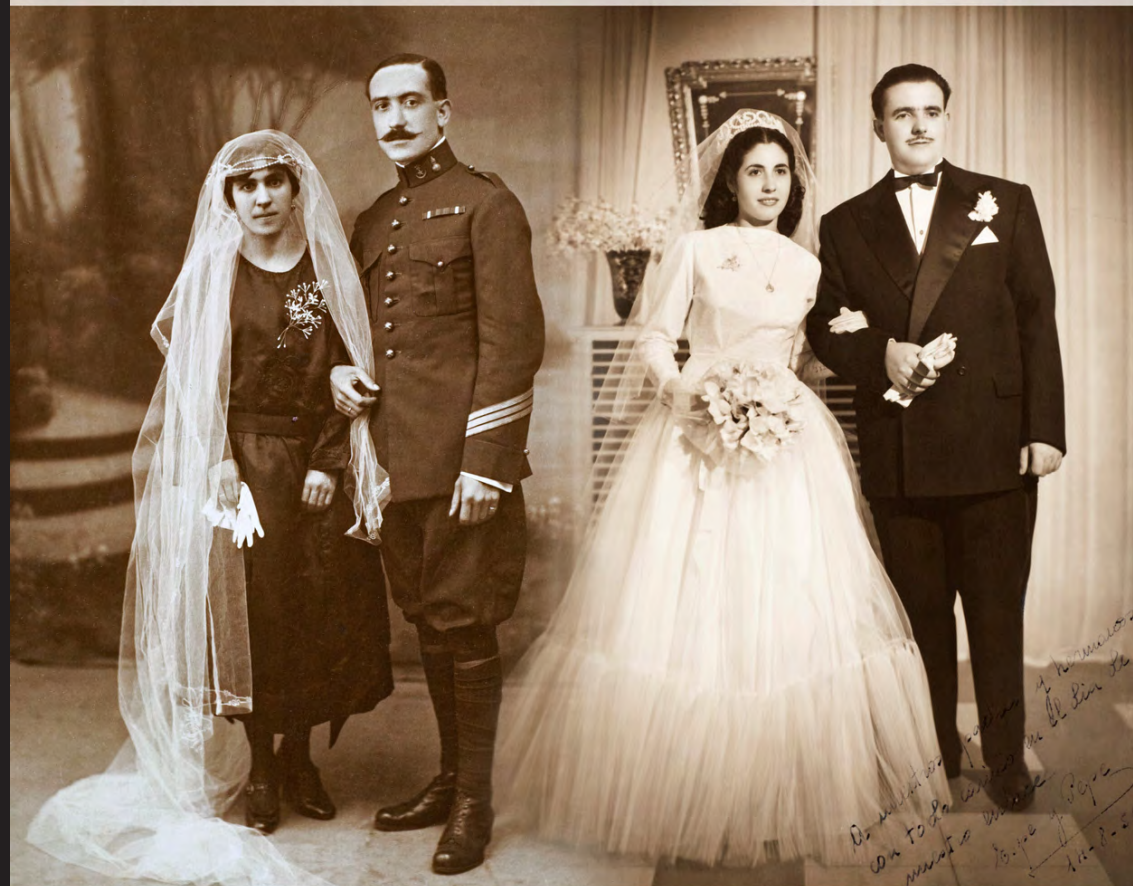
Mi bisabuela materna Rosario, con su primogénita, mi tía abuela Mercedes de bebé, y luego posando subida a una silla a los dos años de edad. La foto está dedicada al padrino de la niña, desconocemos su nombre y por desgracia también la historia de mi bisabuela. De la pequeña de la foto, mi tía abuela, sabemos que nació en Barcelona pero de recién nacida la trajeron a Madrid donde vivió, se casó y tuvo a sus hijos.

Las fotografías están realizadas en el estudio fotográfico de Celedonio P. López en 1907 y 1909, de la calle de la Bola n.º 11 de Madrid, próximo al palacio Real de la Plaza de Oriente.



Amalia

Mi abuela Amalia, nacida en Málaga, de muy joven se vino a vivir a Madrid. Modista de profesión, aquí la vemos posando junto a un vehículo con pegatina de defensa Nacional, seguramente a finales de la Guerra Civil. A pesar de los malos tiempos que corrían, desprende juventud y modernidad; gracias a su profesión se podía confeccionar sus vestidos y trajes para estar siempre a la moda. Todavía conservamos su mechero de yesca que simulaba una barra de labios y que usaba en las reuniones cuando se juntaba con sus amigos.



Las bodas

Dolores y Francisco (1922) - Esperanza y José (1956)

A principios del siglo XX el color blanco en los vestidos de novia estaba reservado a la alta sociedad, que podía comprar telas claras y bordados, lujo que no estaba al alcance de la gente del pueblo. Estos últimos vestían de negro, y completaban el look con velo negro para la clase baja y blanco o mantilla para la clase media, sostenidos con peineta o una corona de flores o perlas. Se acompañaba de un prendado de azahar blanco en el pecho (símbolo de pureza). A mediados de siglo comenzó la tendencia del uso del blanco en los vestidos de novia, que se popularizó. A ello contribuyeron los medios de comunicación quienes mostraban las grandes bodas como la de Fabiola o Grace Kelly.

JFCO. SABORIT



El Photocall de la época

Podemos definir photocall como un elemento decorativo temático diseñado y construido para que las personas puedan tomarse fotos y crear recuerdos del momento. Desde los antiguos fondos pintados (verdaderas obras de arte), hasta las piezas decorativas que se utilizaban como pequeños decorados, han ayudado a nuestra imaginación a recrear vivencias y a trasladarnos a lugares exóticos, místicos, rústicos y hasta a verdaderos palacios...

El juego de los gigantes

En el verano del 62 los gigantes y cabezudos no eran los que ahora conocemos. En aquella época los tres que jugaban con nosotros eran los que formaban comparsa desde 1940, aunque "el Negrazo" (o negro con moño) ya aparecía en la comparsa de 1902. Los gigantes, cabezudos y las carrozas, estas últimas construidas por el popularmente conocido señor Miguel, se guardaban en la trasera de lo que hoy es el "Museo Antiguo Hospital de Santa María la Rica". Allí nos colábamos para toquetearlos y para delicia de ellos que jugaban con nosotros.



El juego de los gigantes

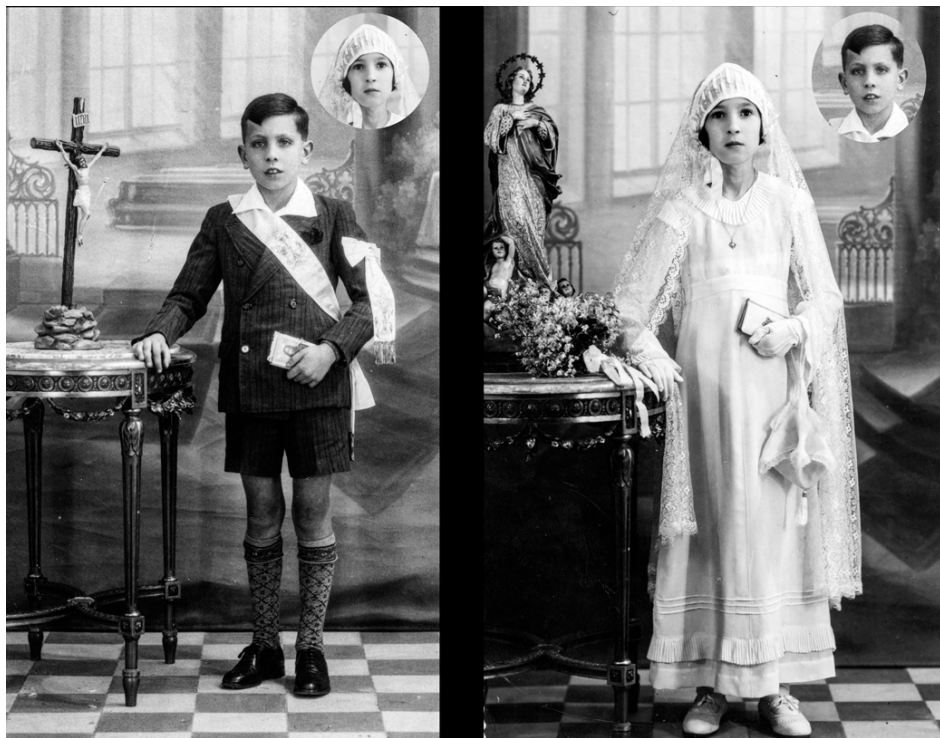


Viaje de ida y vuelta

Mis abuelos maternos, como tantos otros españoles, se vieron forzados a emigrar durante la posguerra a fin de forjarse un futuro mejor para ellos y para su familia. Al principio marcharon dejando en España a sus dos hijas, mi tía y mi madre, y cuando ya estuvieron asentados hicieron que se unieran a ellos en Brasil. Dos niñas de 13 y 16 años cruzando solas el Atlántico. A su vez, mi padre también emigró a Brasil y años más tarde se encontraría con mi madre. Tras casarse regresaron a España donde ya nacimos mi hermana y yo. También mis abuelos retornaron a España para acabar sus días aquí.

Dado este periplo vital de mis abuelos y padres, he creído importante reflejar en mi foto el espacio y la geografía. De ahí que el fondo sea un mapamundi clásico. De las pocas imágenes que conservo antiguas, he elegido la reunificación familiar con el encuentro entre mi abuela, mi tía y mi madre. Igualmente, a la vuelta a España, muestro ya a la familia con nosotras pequeñas y las tardes de paseo con mis abuelos. También muestro una foto, mi madre y yo, claramente desenfocada, porque, por desgracia, la pérdida de memoria emborrona y difumina progresivamente nuestros recuerdos, lo que hemos sido y los que ya no están.

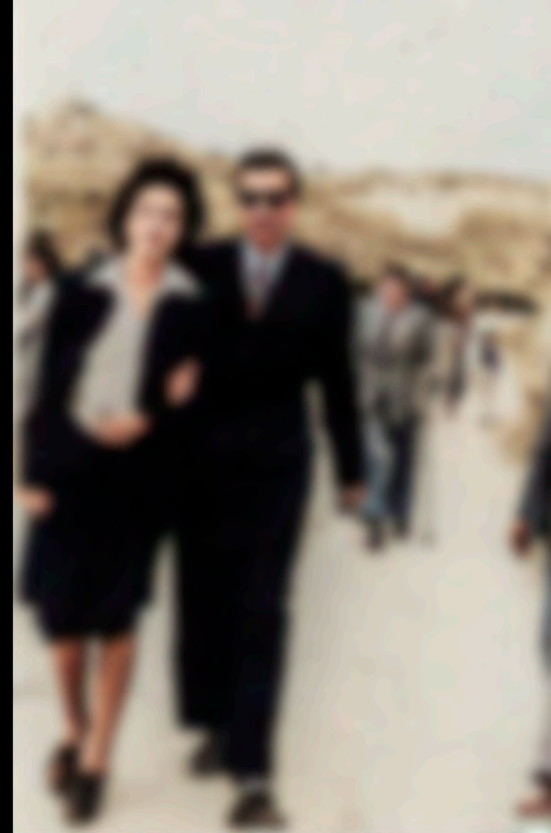




Ausencias

Mis padres nacieron en el callejón Dos Codos de Toledo, y ya siempre durante toda su vida estuvieron muy cerca el uno del otro. Su ausencia, además de dolor, conlleva la pérdida de sus vivencias y de sus emociones, cuyo recuerdo se puede ir difuminado en el tiempo. No perder la memoria, o recuperarla, es vivirla.

MAURO GÓMEZ DEL MORAL

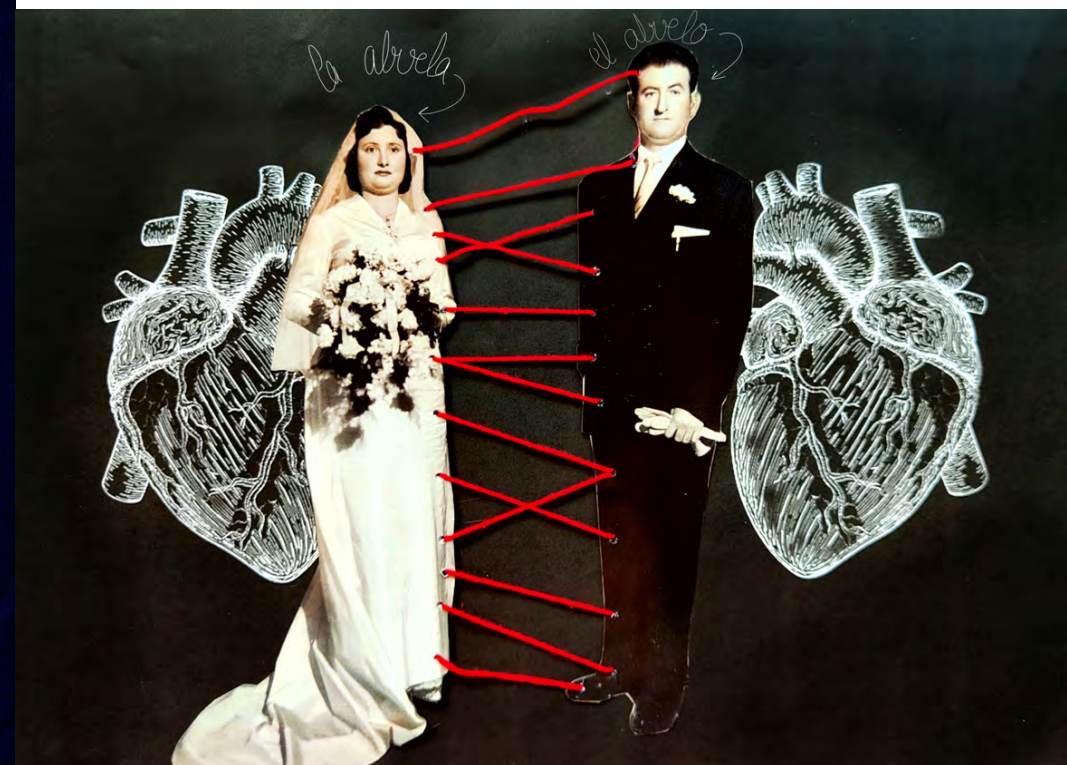




Parque de la Fuente del Berro, en Madrid. Vivíamos en La Elipa.

Estas fotografías forman parte de un proyecto (en proceso) coral que se llamó "Arrugas en la memoria" y que trata sobre eso: sobre la maleabilidad y laxitud de nuestros recuerdos, de la selección y querencia de ellos. Es lo que he querido reflejar con la manipulación de las copias al darles un tono antiguo pero con colores imaginarios/imaginados, y las pompas y rayaduras de las quemaduras.

Técnica: Digitalización de una fotografía antigua en blanco y negro de unos 10 x 8 cm. / Edición digital. / Impresión digital a 60 x 42,5 cm. / Tintada con café + té. / Pintada con rotulador + lápiz de color. / Quemada para craquelar en la emulsión.



A mi abuela

Mi abuela Felisa era un ser especial. Nos daba vino con gaseosa desde bien niños para ir calentitos al cole por la tarde. Nació en Valdepeñas, tierra de vinos, y eso se hacía notar.

Muy niña vino a vivir a Alcalá de Henares, dónde creó su propia historia junto a mi abuelo. Se querían y cuidaban con ternura y amor hasta sus últimos días. Todos los domingos iba a misa, sin faltar ni uno, donde se juntaba con sus amigas y en corrillos cuchicheaban sobre otros grupos de señoras mientras cruzaban miradas y falsas sonrisas.

Los sábados acudía a su cita preferida, la peluquería o "La casa de la Pichicha". Allí le pintaban las uñas del color más chillón y la peinaban. Tenía una extraña habilidad para mantener el peinado intacto durante toda la semana con laca, mucha laca. Su casa siempre olía a laca al entrar.

Le emocionaba ver telenovelas hasta tal punto que el médico se las prohibió por los subidones de tensión que le generaban. También le gustaba coser. Recuerdo el sonido de esa máquina de coser y de cómo enebra el hilo guiñando un ojo y mordiéndose la punta de la lengua.

A día de hoy es extraño pasar por debajo de su balcón y no verlo lleno de flores, de esas de colores chillones que tanto le gustaban. Me imagino que dentro es todo ruinas y que una maleta aguarda, esperando a que la vuelva a llenar de aventuras, mientras el teléfono suena, sin descanso, como cuando estabas ahí, al otro lado siempre hablando con tus amigas. A día de hoy su número sigue en mi agenda, soy incapaz de borrarlo, es extraño pensar que nunca volveré a recibir la llamada de alguien que sigue tan presente en mi vida.

SARA PERDIGÓN





Niñez

Voy a hablar de mi abuela María. Empiezo con una foto de sus padres, mis bisabuelos, Claudio (agricultor) y Eusebia (ama de casa).

En la siguiente foto, está mi abuela (derecha) con un traje típico de Ávila, donde nació y se crió, en 1931.

En la última foto, mi abuela está vestida de chulapo, siempre fue una persona alegre y vivaz.



Juventud

Mi abuela María se dedicó a la costura desde muy joven, como alguna de sus hermanas, más tarde se mudaría a Madrid para trabajar como sastrá. En la tercera foto vemos un grupo de mujeres que estaban realizando la "mili" femenina (la Sección Femenina fue constituida en Madrid en 1934 y se dejó de realizar en 1977).

Mi abuela viajó por España jugando partidos de voleibol para cumplir los meses que requería dicho servicio.



Adultez

María conoció a mi abuelo Carlos en Madrid, se casaron cuando ella tenía 30 años. Tuvieron seis hijos: Yolanda, Sonsoles, Belén, Nuria, Carlos Enrique y Raúl. En la segunda foto están en la casa de campo un domingo, como era su costumbre, donde siempre ocupaban el mismo lugar y jugaban a buscar mariquitas y disfrutaban del típico picnic (vivan la tortilla y los pimientos). Al ser familia numerosa había que ahorrar en la medida de lo posible así que las cuatro hermanas hicieron la comunión el mismo día. Sus trajes fueron cosidos por sus tías que eran unas habilidosas costureras y fueron a celebrarlo todos juntos al zoo.



Vejez

Tras vivir muchos años en Madrid, mis abuelos se mudaron a un lugar por aquel entonces muy tranquilo: Rivas Vaciamadrid. A mi abuelo le encantaba "destruir casas" así que siempre estaba tramando algo que quería cambiar y me abuela le ayudaba en sus "reestructuraciones". Creo que mi abuela realmente disfrutó de tener nietos (Diego en la foto); tiene siete: Jorge, Tamara, Diego, Adrián, Patricia, Cristian y Yair.

En la última foto mi abuela esta visitando su ciudad natal a la que amaba profundamente y todos los años visitaba.

© de los textos, sus autores
© de las imágenes, sus autores

Diseño y maquetación: Natalia Garcés

Documentación: Melanie Tamurejo

Edita: Aula de Fotografía de la Fundación General de la Universidad de Alcalá

Imprime: Cimapress

Edición en línea: ISSN 2792-4343
Edición impresa: ISBN 2792-4335
DL: M-22718-2021

Madrid, julio 2022



2792-4335



14 - 16
OCTUBRE
2022
Alcalá
de
Henares

Juan Manuel CASTRO PRIETO
Ricardo CASES
Isabel AZKÁRATE
Susana GIRON
Juan Manuel DÍAZ BURGOS
Layna FERNÁNDEZ
Daniel OCHOA DE OLZA
y la colaboración de
Alfredo Arias
Paco Junquera
Vicente López Tofiño
José Carpin

ENCUENTROS FOTOGRÁFICOS
EXPOSICIONES
FERIA DEL LIBRO DE AUTOR
VISIONADOS DE PORTFOLIOS
PREMIO AL MEJOR FOTÓGRAFO MENOR DE 40 AÑOS

www.quijotephotofest.es

CON LA COLABORACIÓN
EDITORIAL DE
DKV

OTRAS INSTITUCIONES Y EMPRESAS COLABORADORAS
ALCALÁ DE HENARES
AYUNTAMIENTO
FUJIFILM

Y EL APOYO DE
efti CENTRO INTERNACIONAL
DE FOTOGRAFÍA
FOTOCASION
CAPTION
TOMMY FLASH

ORGANIZAN
**Universidad
de Alcalá**

F/
FUNDACIÓN
CENTRAL
UNIVERSIDAD
DE ALCALÁ

**AULA DE
FOTOGRAFÍA**
FUNDACIÓN GENERAL
DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

numero **56**
Revista semestral

Aula de Fotografía de la Fundación
General de la Universidad de Alcalá



cultura.uah.es

@cultura.uah / @auladefotografia_fgua

Organizan:



Universidad
de Alcalá



FUNDACIÓN
GENERAL
UNIVERSIDAD
DE ALCALÁ



AULA DE
FOTOGRAFÍA
FUNDACIÓN GENERAL
DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ